REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, SETIEMBRE 2 DE 1933 — No. 4

Los Señores Burke & Hare (Asesinos)

por

Marcel Schwob

*

EL señor William Burke se levantó desde la condición más baja a un eterno renombre. Nació en Irlanda y se inició como zapatero. Ejerció su oficio en Edimburgo durante varios años. Allí se hizo amigo del señor Hare, sobre el cual tuvo una gran influencia. En la colaboración de los señores Burke y Hare no existe la menor duda de que la potencia inventiva y simplificadora no haya pertenecido al señor Burke. Pero sus nombres permanecen inseparables en el arte como los de Beaumont y Fletcher. Vivieron juntos, trabajaron juntos y fueron aprisionados juntos. Hare no protestó nunca contra el favor popular que fué dispensado especialmente a la persona de Burke. Un tan completo desinterés no ha recibido su recompensa. Es Burke el que ha legado su nombre al procedimiento especial que honró a los dos colaboradores. La palabra "Burke" vivirá mucho tiempo aún en los labios de los hombres, hasta que la persona de Hare haya desaparecido en el olvido que se derrama injustamente sobre los trabajadores oscuros.

Burke parece haber aportado a su obra la fantasía feérica de la Isla Verde en la que había nacido. Su alma debía estar colmada de antiguas leyendas. Hay, en lo que hacía, algo como el lejano y viejo perfume de las "Mil y una Noches". Semejante al califa, errando a lo largo de los jardines nocturnos de Bagdad, Burke anhelaba misteriosas aventuras. Provocaban su curiosidad los relatos desconocidos y las personas extrañas. Parecido al gran esclavo negro armado de una pesada cimitarra, no encontraba objeto más digno de su voluptuosidad que la muerte de los otros. Pero su originalidad anglo-sajona consistía en que conseguía sacar el mayor provecho posible de sus fantaseos de celta. Cuando su goce artístico había terminado, ¿qué hacía, decidme, el esclavo negro, con aquellos a quienes les había cortado la cabeza? Con una barbarie enteramente oriental, los descuartizaba y hacía picadillo, para conservarlos, salados, en un subsuelo. ¿Qué provecho obtenía con esta operación? Ninguno. El señor Burke fué infinitamente superior.

En cierto modo, el señor Hare le servía de Dinazarda. Parece que el poder de invención de Burke era especialmente estimulado por la presencia de su amigo. La ilusión de sus sueños les permitía servirse de un tugurio para alojar en él suntuosas visiones. Hare vivía en una pequeña piecita, en el sexto piso de una casa muy habitada de Edimburgo. Un canapé, una gran caja y algunos utensillos para su toilette, componían casi todo el mobiliario. Sobre una mesita, una botella de whisky y tres vasos. Por regla general, el señor Burke no recibía más de una persona a la vez y jamás la misma. Su estilo consistía en invitar un paseante desconocido, hacia la caída de la noche. Vagaba por las calles para examinar los rostros que le provocaban curiosidad. Algunas veces elegía al azar. Se dirigía al extraño con toda la cortesía que hubiera podido emplear Harun-Al-Raschid. El extraño trepaba los seis pisos anteriores al tugurio de Hare. Se le cedía el canapé; se le invitaba a beber whisky. Burke le escuchaba insaciablemente. El relato era interrumpido siempre por Hare, antes del alba. La forma de interrupción usada por Hare era siempre la misma y muy imperativa. Para interrumpir el relato, Hare tenía la costumbre de ponerse atrás del canapé y aplicar sus dos manos sobre la boca del narrador. Al mismo tiempo, Burke se sentaba sobre su pecho. Los dos, en esta posición, soñaban inmóviles en el final de la historia que jamás escuchaban. De esta manera los señores Burke y Hare dieron fin a una cantidad de historias que el mundo no conocerá jamás.

Cuando el cuento había sido definitivamente detenido, con el aliento del narrador, Burke y Hare exploraban el misterio. Desvestían al desconocido, admiraban sus alhajas, contaban su dinero, leían sus cartas. Algunas de estas últimas no dejaban de tener cierto interés. Luego ponían el cuerpo a enfriarse, en la gran caja, propiedad del señor Hare. Y, en esto, el señor Burke mostraba la fuerza práctica de su espíritu.

Interesaba que el cadáver estuviera frío y no tibio, a fin de poder agotar a fondo el placer de la aventura.

En aquellos primeros años del siglo, los médicos estudiaban con pasión la anatomía; pero, a causa de los principios religiosos, experimentaban una gran dificultad en procurarse sujetos para disecar. El señor Burke, como espíritu esclarecido que era, se había dado cuenta de esta laguna de la ciencia. No se sabe cómo llegó a ligarse con un venerable y sabio investigador, el doctor Knox, que desempeñaba una cátedra en la Facultad de Edimburgo. Quizás Burke había seguido cursos sobre la materia, aunque su imaginación debió hacerle derivar, más bien, hacia los gustos artísticos. Lo cierto es que él le prometió al doctor Knox ayudarlo en todo lo posible. Por su parte, el doctor Knox, se obligó a recompensarle sus fatigas. La tarifa disminuía yendo desde los cuerpos de los muchachos hasta el de los viejos. Estos últimos interesaban sólo mediocremente al doctor Knox. Esa era también la opinión del señor Burke, porque, por lo general, los viejos tenían menos imaginación. El doctor Knox llegó a ser célebre, entre todos sus colegas, por su ciencia anatómica. Los señores Burke y Hare gozaban de la vida como "dilettantes". Conviene sin duda, colocar en esta época el período clásico de sus existencias.

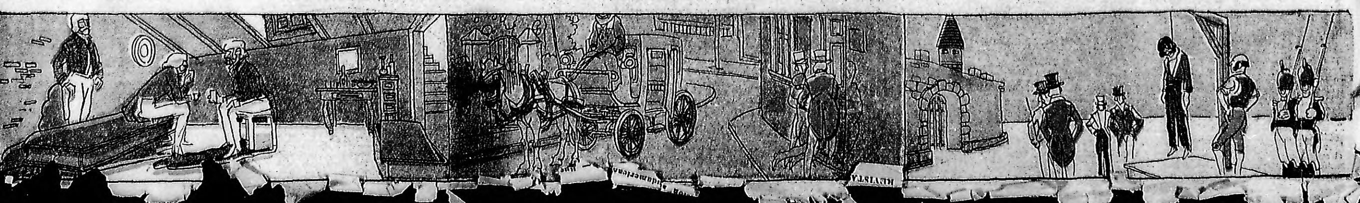
Porque el genio todopoderoso de Burke, bien pronto fuera de las normas y reglas de una tragedia donde había siempre un narrador y un confidente evolucionó solo (sería pueril invocar la influencia de Hare) hacia una especie de romanticismo. El decorado del tugurio del señor Hare no le bastaba ya: inventó el procedimiento nocturno en medio de la niebla. Los numerosos imitadores del señor Burke han empañado un tanto la originalidad de su manera. Pero he aquí la verídica tradición del maestro:

La fecunda imaginación de Burke se había cansado de los relatos eternamente parecidos de la experiencia humana. Jamás el resultado de estos relatos había respondido a su expectativa. Llegó a no interesarse más que por el aspecto real, siempre variado para él, de la muerte. Resumió todo el drama en el desenlace. La calidad de los actores no le importaba ya nada. El accesorio único de su teatro consistió en una máscara llena de cola hirviendo. Burke salía en las noches brumosas, llevando su máscara en la mano. Hare le acompañaba. Burke esperaba el primer transeúnte, caminaba delante de él, se daba súbitamente vuelta y le aplicaba la máscara de cola ardiente sobre el rostro. En seguida Burke y Hare se apoderaban, cada cual de un lado, de los brazos del actor. La máscara de tela, llena de cola, comportaba una simplificación genial: la de ahogar de una vez los gritos y el aliento. Además, era trágica. La niebla esfumaba los gestos de la representación. Algunos actores parecían imitar a los ebrios. Terminada la escena, los señores Burke y Hare tomaban un fiacre, desnudaban al personaje; Hare vigilaba las vestimentas y Burke subía un cadáver fresco y limpio a casa del doctor Knox.

Es aquí, que, en desacuerdo con la mayoría de sus biógrafos, yo dejaré a los señores Burke Hare (asesinos), en medio de su aureola gloriosa. ¿Por qué destruír un tan bello efecto de arte llevándolos lánguidamente hasta el fin de sus carreras, revelando sus desfallecimientos y sus decepciones? No hay que verlos de otro modo que con su máscara en la mano, errando en las noches de niebla. Porque el fin de sus vidas fué vulgar y parecido al de tantas otras. Parece que uno de ellos fué ahorcado y que el doctor Knox se vió obligado a abandonar la Facultad de Edimburgo. Aparte de la descripta, que yo sepa, el señor Burke no ha dejado ninguna otra obra.

ILUSTRACION DE

A. RECHAIN



Auténtico Relato de una Aparición

(Este relato de una aparición — el más detallado que se conoce — fué publicado en Londres el año 1706)

Ilustración de ROJAS

ESTE relato, capaz de satisfacer al curioso más exigente, es tan raro en todas sus circunstancias, y sin embargo tan verídico, que a través de todo lo que he escuchado y leído no he hallado nada igual.

Mrs. Bargrave, la persona a quien se le apareció Mrs. Veal después de muerta, es mi amiga íntima desde hace diez y seis o quince años, y puedo dar fe de la buena fama de que gozaba desde su juventud hasta el tiempo de conocernos. Sin embargo, desde ese entonces, ha padecido las calumnias de los amigos del hermano de Mrs. Veal, que fingen que la historia de la aparición es una patraña. A pesar de ello y del bárbaro tratamiento de un mal marido (del que he sido testigo junto con otras personas de reconocida seriedad) no se nota la menor señal de abatimiento en el semblante de Mrs. Bargrave, ni se oyó jamás de sus labios una expresión desalentada.

Hay que decir que Mrs. Veal era una dama muy piadosa, de unos treinta años, que vivió molestada mucho tiempo por determinados ataques, cuyo principio se advertía en un modo brusco de desviarse de la conversación y rematar con una total incongruencia. La mantenía un hermano residente en Dover, hombre muy sobrio y muy grave, al parecer, aunque ahora hace todo lo posible por desmentir este relato. Mrs. Veal tenía con Mrs. Bargrave una amistad que databa desde la niñez. Su situación en aquel entonces era casi angustiosa; su padre no velaba por sus hijos como debía; de modo que se veían expuestos a toda clase de mortificaciones. Por su parte, Mrs. Bargrave tenía un padre al que consideraba un malvado, aunque no le faltaba ropa ni alimentos, mientras que Mrs. Veal solía carecer de ambas cosas. Con frecuencia decía a su amiga:

—Eres no solamente la mejor, sino la única amiga que tengo en el mundo. Ninguna circunstancia de la vida podrá entibiar mi amistad.

Solían condolerse mutuamente de la fortuna adversa que les había tocado y leían juntas "El libro de la muerte" de Drelincourt y otros varios, y así, como dos amigas cristianas, se prodigaban consuelos.

Poco tiempo después, ciertos amigos de Mr. Veal le consiguieron un empleo en la Aduana de Dover, lo que produjo un paulatino enfriamiento en la amistad de Mrs. Veal con Mrs. Bargrave, sin que hubiera mediado una disputa o un amago de discusión; pero el alejamiento sobrevino por grados, hasta que Mrs. Bargrave perdió de vista a su amiga por el espacio de dos años y medio. Bueno es decir que la primera estuvo ausente de Dover y permaneció cerca de dos meses en Canterbury, habitando una casa de su propiedad.

La Visita Inesperada

En esta misma casa, el 8 de setiembre de 1705, ya avanzada la mañana, Mrs. Bargrave estaba sola, pensando en su poco afortunada vida, y aconsejándose una conveniente resignación con respecto a la Providencia.

—Bueno — decía. — Hasta ahora no he carecido de nada; debo permanecer tranquila y confiada en que mis aflicciones terminarán cuando sea oportuno.

Después de lo cual tomó una labor de costura, que abandonó inmediatamente al oír una llamada en la puerta. Al acudir encontró a Mrs. Veal vestida con un traje de montar. En ese momento el reloj daba las doce.

—Señora — dijo Mrs. Bargrave. — Es una sorpresa para mí el verla después de tanto tiempo.

Pero añadió que se alegraba de su visita, e hizo ademán de besarla, a lo que Mrs. Veal respondió casi hasta que sus labios se rozaron, llevando después la mano a sus ojos, diciendo que "no se sentía bien". Agregó que estaba en vísperas de un viaje y que tenía gran interés en verla antes de partir.

—Pero — dijo Mrs. Bargrave — me extraña que haga usted el viaje sola, teniendo un hermano que le es tan adicto.

—Sí, dijo Mrs. Veal, pero me he separado de él porque estaba muy ansiosa por verla antes de emprender el viaje.

Hablando así, entraron en la pieza contigua, y Mrs. Veal se dejó caer en un sillón de brazos, el mismo que ocupaba Mrs. Bargrave cuando oyó su llamado.

—Mrs. Bargrave — dijo Mrs. Veal. — He venido a renovar nuestra antigua amistad y le pido que me perdone mi alejamiento. Si me perdona, es usted la mejor mujer del mundo.

Mrs. Bargrave le rogó que no mencionara estas cosas, diciendo que no había tenido ningún pensamiento amargo al respecto.

—¿Qué piensa usted de mí? — preguntó Mrs. Veal.

—Oh, yo la considero a usted igual al resto de la humanidad, y achaco a la prosperidad el que usted se haya olvidado de usted misma y de mí — contestó Mrs. Bargrave.

Entonces Mrs. Veal recordó a su amiga los principios de su amistad, las conversaciones de las dos en los malos tiempos, los libros que leían juntas y el particular consuelo que recibían de "El libro de la Muerte", que contenía lo mejor (según ella) de lo que se había escrito sobre el tema. Mencionó al doctor Sherlock y nombró otros libros holandeses, que hablaban sobre lo mismo, y varios otros. Afirmaba que nadie poseía, como Drelincourt, una idea tan clara sobre la muerte, y sobre el estado del alma que sobreviene después. De pronto preguntó a Mrs. Bargrave si tenía el libro de Drelincourt. Ella le contestó que sí y fué a buscarlo al piso de arriba, de donde regresó con él.

Las Exhortaciones Piadosas

—Querida Mrs. Bargrave — dijo Mrs. Veal. — Si los ojos de nuestra fe estuvieran tan abiertos como los de nuestra cara, veríamos a nuestro alrededor muchos ángeles [illegible]. La idea que tenemos del cielo no se acerca en nada a la realidad; así lo afirma Drelincourt. Tenga consuelo en sus trabajos y crea que el Señor dirige sobre usted una cuidadosa mirada. Recuerde que las penas son indicios de la atención de Dios y que no duran siempre. Tenga presente mis palabras, querida amiga: un solo minuto de la venidera felicidad la compensará de todos sus sufrimientos. No puedo creer (y se golpeó la rodilla con el apasionamiento que había presidido la mayor parte de su discurso) que Dios le haga pasar todos sus días en continua aflicción. Pero esté segura de que sus desventuras la dejarán, o usted a ellas, y muy pronto.

Hablaba y accionaba en una forma tan patética y celestial que Mrs. Bargrave lloró repetidas veces.

Luego Mrs. Veal mencionó "El Ascético" del doctor Kendrick, cuyo final contiene un resumen de la vida de los antiguos cristianos. Mrs. Veal recomendó la imitación de sus actos, diciendo que "la conversación de ellos no era como la de nuestra época; porque ahora no se encuentra otra cosa que vanos y floridos discursos, tan diferentes a los de ellos, que eran edificantes y trataban de afianzar la fe cada día mayor„.

—En aquella época — añadió — la amistad existía; pero ¿dónde se encuentra ahora?

—¡Oh! — dijo Mrs. Bargrave. — Es muy difícil encontrar un amigo sincero en estos días!

—Mr. Norris tiene un hermoso poema, titulado "Amistad en perfección", que yo admiro profundamente — dijo Mrs. Veal. — ¿Ha visto el libro?

—No, — respondió su amiga — pero tengo los versos de mi puño y letra.

—¿Quiere buscarlos? — pidió Mrs. Veal, a lo que Mrs. Bargrave accedió, trayéndolos y ofreciéndolos a aquélla para que los leyera; pero Mrs. Veal se excusó diciendo que "si permanecía con la cabeza baja se exponía a que ésta le doliera"., en vista de lo cual comenzó Mrs. Bargrave la lectura. Mrs. Veal la interrumpió algo después, para decirle:

—Mrs. Bargrave, yo la querré a usted siempre.

A menudo se cubría los ojos con la mano y le preguntaba:

—Mrs. Bargrave, ¿no cree usted que los ataques me han desmejorado mucho?

—No, le decía la otra. Creo que usted está tan bien como siempre.

Después del discurso, que la aparición pronunció con palabras mucho más hermosas que las que Mrs. Bargrave podía pretender, y muchas más de las que puede recordar, aunque cree que ha retenido las más importantes, Mrs. Veal le pidió que escribiera una carta a su hermano, dándole algunas órdenes con respecto a unos anillos, diciendo además que en su gabinete había un bolsillo de oro, y algo referente a su primo Watson.

Al oír estas palabras, Mrs. Bargrave creyó advertir en ellas algunos de esos peculiares síntomas precursores de los ataques, de modo que se apresuró a colocarse en una silla, justo delante de las rodillas de Mrs. Veal, temiendo que los ataques le ocasionaran una caída de su asiento al suelo; por otra parte, pensó que el sillón de brazos la resguardaría de caer para cualquier otro lado.

Para distraerla (así lo creyó al menos) fingió interesarse en la blusa de su amiga, tocando la manga y elogiándola varias veces. Mrs. Veal le explicó que era muy antigua, vuelta a confeccionar previa una buena limpieza.

A pesar del cambio de conversación, Mrs. Veal volvió a insistir en que Mrs. Bargrave escribiera a su hermano, advirtiendo a ésta que no debía contrariarla y que, además, llegada la oportunidad, debería repetir a su hermano toda la conversación de las dos.

—Mi buena Mrs. Veal — dijo Mrs. Bargrave. — Yo creo que sería mucho mejor que escribiera usted.

—No — contestó aquélla —. Aunque ahora le parezca impertinente, descubrirá más tarde las razones que me obligan a obrar así.

Mrs. Bargrave, entonces, para satisfacer su pedido se dispuso a traer una pluma y tinta, pero Mrs. Veal la detuvo.

—Déjelo por ahora, — dijo — pero hágalo una vez que me haya ido; solamente quisiera estar segura de que lo hará.

Mrs. Bargrave así lo prometió, siendo esta una de las últimas recomendaciones que su amiga le hizo antes de partir. De pronto pidió ver a la hija de Mrs. Bargrave.

—No está en casa, — dijo esta última — pero si usted desea verla, la mandaré buscar.

—Hágalo — fué la respuesta.

La complaciente señora se dirigió en busca de su hija, a l o de unos vecinos; mientras tanto, Mrs. Veal había salido a la calle y se encontraba frente al mercado de ganado, decidida a partir tan pronto como llegara Mrs. Bargrave. Esta demostró su extrañeza, preguntando el porqué de tanta prisa. La otra respondió que tenía que irse en seguida, aunque tal vez aplazara su viaje hasta el lunes, y dijo que esperaba verla de nuevo en casa de su primo Watson, antes de la partida; después de lo cual agregó algo sobre la despedida y se marchó, seguida por la mirada de Mrs. Bargrave, hasta que un recodo la ocultó definitivamente. El reloj daba las dos menos cuarto.

Era una Aparición

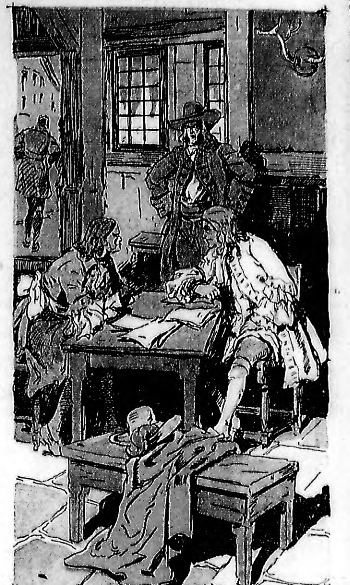
El 7 de setiembre, a las doce del día, Mrs. Veal murió, víctima de sus ataques, confortada por los sacramentos.

El día que siguió a su aparición, siendo domingo, Mrs. Bargrave se encontraba enferma, con dolor de garganta y resfriada, de modo que no pudo salir; pero el lunes por la mañana mandó una persona a casa del capitán Watson para saber si Mrs. Veal se encontraba allí. Le contestaron con gran extrañeza que ni estaba ni sabían que tuviera intenciones de venir. Al recibir esta contestación, Mrs. Bargrave dijo a la sirvienta que seguramente había confundido el nombre o cometido algún error. A pesar de su indisposición se puso de pie y se dirigió a lo de Watson para verificar por sí misma si su amiga estaba allí o no.

Los de Watson explicaron el asombro que les causó la pregunta de la sirvienta, asegurando que, de haber estado Mrs. Veal en el pueblo, no hubiera dejado de visitarlos.

—Afirmo que ella permaneció casi dos horas enteras conmigo, el sábado — dijo Mrs. Bargrave.

Le respondieron que era imposible, alegando que tendrían que haberla visto forzosamente, cuando entró el capitán Watson, quien al enterarse de la dis-



cusión manifestó que Mrs. Veal había muerto.

Esto sorprendió grandemente a Mrs. Bargrave, que relató la historia de la aparición de su amiga. Al describir la blusa que ésta llevaba aquel día, explicando que se trataba de una que había sido limpiada, Mrs. Watson dió un grito:

—¡Ahora no dudo de que usted la haya visto! Y exclamó: ¡Sólo ella y yo sabíamos lo de la blusa y fuí yo quien le ayudó a rehacerla!

El Asombro

Mrs. Watson alborotó a todo el pueblo con el minucioso relato de la aparecida y el capitán Watson se presentó en la casa de Mrs. Bargrave con dos caballeros que querían oírlo de sus propios labios. Y la leyenda se difundió con tal rapidez que los caballeros y personas de calidad, la gente juiciosa y escéptica, formaban legión para escucharla de boca de Mrs. Bargrave, retirándose después lo más satisfechos, diciéndose que a simple vista se notaba que Mrs. Bargrave no era una hipocondríaca, puesto que presentaba siempre un aspecto animado y un semblante tan placentero que se conquistaba la estimación de la gente notable.

Mientras el capitán estuvo con Mrs. Bargrave, ésta recordó varias cosas que la aparecida le había contado. Una de éstas era que el viejo Bretton le pasaba diez libras por año, cosa que Mrs. Bargrave ignoraba completamente.

Ella nunca introduce cambios en la famosa historia, contándola siempre tal cual sucedió, lo que confunde a los que dudan de la verdad o se muestran reacios a creer en ella.

Un sirviente que se hallaba en el patio contiguo al de Mrs. Bargrave, oyó que ésta hablaba con alguien el día de la aparición, durante una parte del tiempo que duró su visita.

Desde el famoso acontecimiento, el libro de Drelincourt comenzó a venderse en una forma extraordinaria. Y es digno de mención el hecho de que Mrs. Bargrave, a pesar de las muchas molestias y fatigas que le producía el repetir la historia, jamás haya aceptado un cuarto de penique por ella, ni permitido a su hija el aceptar nada de nadie.

Una Leve Contradicción

Muchos amigos del hermano de Mrs. Veal acusan a Mrs. Bargrave, diciendo que miente, y que ya sabía lo de las diez libras de Bretton antes de que Mrs. Veal se lo confiara; pero quienes se atreven a hablar así son gentes que gozan de poco crédito. Mr. Veal es demasiado caballero para afirmar que Mrs. Bargrave miente; pero insinúa que su mal marido la ha conducido a la locura. Pero para dar un mentís a esta afirmación, ella no tendría más que presentarse y su aspecto hablaría por sí solo.

Mr. Veal dice que, viendo a su hermana moribunda, le rogó le expusiera su voluntad, a lo que ésta contestó que no deseaba nada, lo cual no coincide con las disposiciones que dictó a Mrs. Bargrave. Mr. Veal admite, sin embargo, que había un bolsillo de oro, pero no en el gabinete, sino en una caja cualquiera, cosa improbable desde el momento en que Mrs. Watson dijo que la extinta cuidaba tanto la llave de su gabinete que no se la hubiera confiado a nadie; siendo así, se comprende que el oro no podía estar en otro lugar.

Vindicación de Mrs. Bargrave

Yo podría asegurar que cuando Mrs. Veal llevaba la mano a los ojos preguntando a Mrs. Bargrave si los ataques no la habían desmejorado, lo hacía para que ésta guardara en su memoria el recuerdo de aquéllos, de modo que creyera que al dictarle la carta para el hermano, en la que las disposiciones acerca del bolso de oro y los anillos se parecían tanto a un testamento, estaba bajo el influjo de su enfermedad. Esto y el especial cuidado que puso en no entristecerla ni asustarla, cuidado que manifestó al aparecerse durante el día y no a la noche, demuestran su maravilloso amor hacia ella.

Ahora, la razón de que Mr. Veal descrea del relato, como lo evidencia el querer desacreditarlo, no me la puedo imaginar. La mayoría de la gente considera a Mrs. Veal un buen espíritu, tan celestial fué su discurso. Los dos grandes propósitos que la guiaron a visitar a Mrs. Bargrave, fueron: pedirle perdón por el abandono que había hecho de su amistad y consolarla de su infortunio, infundiéndole coraje por medio de palabras piadosas.

Aparte de esto, suponiendo que Mrs. Bargrave hubiera inventado semejante historia, del viernes al sábado, calculando que tuviera inmediata noticia de la muerte de Mrs. Veal, su imaginación creadora sería más considerable y más maligna que lo que suponíamos.

Varias veces le pregunté si estaba segura de haber palpado la blusa de Mrs. Veal, y siempre me ha contestado modestamente que "si sus sentidos no la engañaban, estaba segura de haberlo hecho". También le pregunté si realmente oyó el sonido que debió producir la mano de Mrs. Veal al golpear su rodilla, a lo que respondió que "no se acordaba muy bien, pero que la aparición presentaba un aspecto tan material como yo en ese momento". "Y puedo asegurar — agregó — que la he visto realmente y que no sentí ningún miedo. La recibí como a una amiga y como tal departí con ella. Al mismo tiempo le diré que no daría un paso para tratar que me creyeran esta historia; no tengo interés en ello. Por mucho tiempo me ha venido ocasionando molestia tras molestia y a no haberse descubierto accidentalmente, jamás la hubiera hecho pública".

Luego declaró que reservaría la historia para hacer uso privado de ella y que evitaría en lo posible el repetirla a extraños.

La autoridad y sinceridad de Mrs. Bargrave no debieran haberse puest[o] en du[da] en nin-

Museo de la Confusión

HASTA hace poco la derrota alemana era un enigma impenetrable, pero el mismo Kronprinz acaba de ilustrarme al respecto en las recobradas memorias que publica en forma de folletín en las páginas de "La Nación". En la edición del 24 de agosto, leo las siguientes aclaraciones:

LA CAZA DEL TIGRE

Una cacería de tigres exige innumerables preparativos. El cuartel general de los cazadores tiene mucho de parecido con el de un ejército en vísperas de una batalla. Las noticias van llegando minuto tras minuto. Son breves frases, palabras vagas expresadas según la manera de las fórmulas telegráficas y que en estilo lapidario anuncian, ora que ha sido muerto un tigre, ora que no lo ha sido.

Equivocación fatal ésta, cuyos resultados no habían sido previstos. Cuatro años el ejército alemán deambuló por toda Europa, arruinando sus tanques, mordiendo los cartuchos con indomable valor y todo inútilmente: Sus generales corrían tras la huella de un zorrino imaginario y perdían el tiempo enviando telegramas tan vagos, al estado mayor, que sólo decían: Ora hemos perdido la batalla, ora la hemos ganado. Millones de marcos gastados en telegramas arruinaron a Alemania para siempre. Después de cuatro años de guerra al zorrino, una mañana el kaiser recibió el siguiente telegrama: ora hemos ganado la batalla.

El fosco cielo alemán se llenó de dirigibles de colores y los tanques agotaron su stock en salvas de cerveza. La alegría no iba a durar mucho. Tres minutos después llegó la rectificación: Ora sonamos como arpa añeja. El mantecado razonante abandonó la caza hasta estos momentos.

★

Créase o no, siempre he demostrado gran respeto y consideración por los animales silvestres, llegando en cierta ocasión a disgustarme seriamente por el insulto inferido a un cóndor de los Andes por un poeta que vivió en las Andradas allá por el siglo diecinueve y que se permitió insinuarle la conveniencia de adquirir una peluca diciéndole: "el calvo morador de la montaña". Pero en la misma forma que sé indignarme por la falta de respeto hacia estos se[res], el exceso de cortesía y con[side]ración hacia ellos saben despertar mi más rotunda protesta. En "La Nación" del 24 y en el mismo artículo del renombrado Uber Alles, refiriéndose a la caza, dice:

Cuando tuvimos conocimiento de que por fin se había dado con la pista del lord de la "jungla", en cuya persecución andábams, nos trepamos a la amplia grupa de nuestros elefantes de caza.

El lord de la jungla no es más que el tigre, como seguramente nadie lo habrá sospechado. En materia de cortesía zoológica y botánica, acepto que a un león se lo pueda tratar de rey de la selva, que lo llamen real a un pavo, y hasta imperiales a algunas violetas, pero eso de otorgar el título de Emir de los Cañaverales a un yacaré, sultán de las azoteas a un gato barcino, y de arruinarse confiriendo condecoraciones a las lagartijas, armando caballero a todo bicho canasto que atraviesa el campo del tele-objetivo o dar tratamiento de sir, usía, alteza a las gallaretas, calamares y acridios en general, me parece excesivo y perjudicial.

El Kronprinz no se demora en lo referente a los sentimientos que saben despertar algunas fieras salvajes. En efecto, démosle curso de nuevo al artículo.

Un rayo de oro se deslizaba lentamente hacia donde yo estaba. Mis esperanzas iban a verse por fin realizadas. Jamás hubo enamorado alguno que esperara al ser amado con más impaciencia que lo hice yo al verme ante mi primer tigre.

¿Qué sucedió? ¿El príncipe heredero se apersonó al felino y le solicitó la mano? Nada de eso. Cargó su escopeta, apuntó cortésmente y el objeto de la pasión despertada crepó. Fué un amor contrariado. A pesar de este primer fracaso, su fervor amoroso no decayó:

Oculto tras un cactus, logré matar una hiena y un leopardo cazador. Luego dos potentes jabalíes se aventuraron a salir de la espesura. Maté al primero y erré el tiro al segundo. Me consolé, sin embargo, a expensas de un magnífico pavo silvestre y de un gallo de la "jungla".

Ignoramos si al final de tantas andanzas el príncipe consiguió celebrar su enlace con un enjambre de abejas, una hidromedusa soltera o si se limitó en un mero flirt con un tatú-carreta previamente agraciado con la cruz de hierro.

★

De la "Novela Semanal" del 21 de agosto extraigo la siguiente complicación:

Hombre y mujer es lo mismo como si se dijese domingo y día de trabajo. La mujer es el domingo y el hombre el día de semana.

El hombre que fué jueves, de Chesterton, aquel soldado desconocido que se transformó en seis de septiembre, el recuerdo de ese súbdito hispanizante que se metamorfoseó en martes veinticuatro de noviembre mientras bailaba una clásica gavota, nos dan apenas una idea de los inconvenientes de este mimetismo. El caso más extraño le fué ofrecido a aquel sábado inglés que una mañana se despertó sobresaltado comprobando que su esposa se había permutado repentinamente en San Pedro y San Pablo.

★

Sobre la higiene bucal, la revista "Para Ti", en su sección "El médico de la casa", nos hace presentes estas insanas costumbres:

EL CUIDADO DE LA BOCA

Desde muy niño toda persona aseada se lava la boca y hace mañana y tarde una toilette análoga a la de la cara y las manos y el cuerpo.

¿Quién no añora esos lejanos tiempos en que locos de higienización corríamos presurosos a sonarnos el dedo meñique, hacer gárgaras con las orejas, recortarnos los dientes, afeitarnos la lengua, pulirnos suavemente la campanilla y peinarnos las amígdalas? El médico estaba siempre en casa.

★

Acabo de enterarme de un hecho insólito ocurrido en Gualeguaychú (Entre Ríos). La noticia está consignada en el diario "La Prensa" del 17 de agosto. Héla aquí:

INSOLITO SUCESO EN GUALEGUAYCHU

En el interior de la escuela normal de Gualeguaychú, el intendente municipal de dicha ciudad agredió a balazos al director de ese establecimiento de enseñanza, sin lograr herirlo.

Contrariedad acontecida sólo por el olvido en que las autoridades tienen a los indefensos intendentes del interior de la República. Una oportuna recolección de los boomerangs, hondas, catapultas y demás artefactos inadecuados para uso de un intendente que se respete, acompañada de una dotación moderna de eficiente artillería, ametralladoras, granadas de mano, carros de asalto, impediría la repetición de estas ofensivas frustradas y enseñaría al magisterio el respeto debido a las autoridades edilicias.

★

Fragmentos de una "Sátira" del señor Arturo Torres Rioseco, poeta y ensayista que nos visitó hace poco:

El siglo adora al profundo
artesano de la lira:
mentira.
Un hombre tiene dos ojos
y no ve lo que ve el tuerto:
cierto.
En letras como en la Bolsa
anda la casualidad:
verdad.
Y así cualquier gato es (miembro
de la Academia Española:
¡ola!
Y cualquier viejo prudente
lo es de la Correspondiente:
¡¡decente!

Consecuencia: cualquier día nos comunica el cable que al señor Torres Rioseco lo han elegido miembro de la Academia Española o le han recetado duchas calmantes.

★

El señor Esteban Coria Melo, trae en la página 51 de su "Visionario", el siguiente diálogo:

—¿Cuántos pisos podría tener ese honorable rascacielo?, anciano.

—Ochenta, cien, ciento veinte... En el centro propiamente del primer piso, estará construída una cabina cilíndrica de 20 metros de diámetro o más, cuyas cóncavas paredes serán de cristal. Habrá dentro de ella 9 asientos: para el presidente y sus ocho ministros. Enrededor de la cabina transparente podrá circular toda clase de personas. De esta manera el pueblo verá por sus propios ojos cuándo, cómo y cuánto trabajan sus hombres de gobierno.

—¡Muy bien, poeta: el "pueblo quiere saber de qué se trata"!

Creemos este luminoso proyecto preferible al que propone que el presidente y sus ministros trabajen en un sótano, provisto de un periscopio que podrá ser utilizado por toda clase de personas.

Anímula Vágula

LAS ESTRELLAS DESVANECIDAS

por
R. Pineda Yáñez

Ilustró
Pascual Güida



N. ROUSKAYA — G. CUNARD — A. PAULOWA — W. HART — T. BARA — M. CLARK



L. BORELLI — O. PETROVA — F. FORD — C. KIMBALL YOUNG — L. CAVALIERI — M. NORMAND

ANOS y estrellas. Millones de metros de película desarrollados ante los ojos acuciados de millones de seres en las blancas pantallas de todos los cines del mundo. Un interminable pasar de rostros nuevos que van a estrellarse en el olvido. De allí, de ese olvido que es la vía láctea del cine, a donde llega de tarde en tarde el ojo telescópico del crítico o del simple desenterrador de muñecos de luz, voy a exhumar los nombres de aquellas figuras que vivieron en el comentario de hace quince años y de algunas otras que resbalaron apenas por la retina del público argentino, hasta convertirse en nebulosas.

Sic transit... Esplenden ahora los nombres de Greta Garbo, Marlene Dietrich, Carol Lombard, Claudette Colbert, Jean Harlow, Joan Crawford, luminares de primera magnitud. John Barrymore, Lionel Barrymore, Frederic March, Edward Robinson, Ramón Novarro, Maurice Chevalier. ¿Pero cuántos años más figurarán en primera fila? ¿Cuánto tiempo se necesitará para que sus rostros vayan apagándose en la pantalla, hasta quedar de ellos solamente la neblina de un recuerdo, como tantos otros que pasaron, dejando un imperceptible rastro?

Porque de aquella época, nada más que unos pocos nombres quedan. Carlitos Chaplín, Mary Pickford, Douglas Fairbanks..., y después sombras, casi nada. Un mundo borroso, a través de escenas desarticuladas. Los centauros del Oeste... Los galanes omnipotentes de Broadway; los millonarios de las altas finanzas de Wall Street y las deliciosas y juguetonas muñecas, todas ojos y sonrisas, que estallaban al final en el beso lujurioso.

Cuando se mira hacia atrás, asoman los muertos. Una caravana de pálidas figuras, iluminadas o escapadas del cuadrado y caídas en la penumbra de la platea. Aquella Theda Bara, ampulosa y romántica, con cuerpo de hetaira y alma hechizada que nos sorbía con los ojos y atrapaba el ser con sus brazos serpentíneos. Espíritu de aventurera del cine. Alocada y sensual. Todavía llevamos en el punto ciego del ojo el drama terrible de su carne desnuda, bajo los doseles magníficos de la película "Cleopatra". Lyda Borelli, Francesca Bertini y Pina Menichelli, eran también de aquella generacin de suripantas térmicas, encendidas como antorchas en el fondo de las salas a oscuras. Pero eran de otro mundo. Un mundo más lento, más meridional, más apasionado y fastidioso, transido de ridículo y de fin de siglo, abundoso en bigotes y en donjuanes trasnochados.

Era la época en que la atracción del cine, empujaba a las triunfadoras de la escena hablada a la irrealidad gesticulante de la sábana. Las que comenzaban a escuchar el carraspeo crónico de los viejos cronos de primera fila de lunetas, buscaban ahora la silenciosa exhibición de la pantalla, más efectista, más brillante, más tolerante con las canas y las arrugas. Geraldine Farrar, la eximia cantante de ópera, amante del Kronprinz de Alemania, se lanzaba al cinematógrafo y triunfaba con una serie de producciones en las cuales la protagonista, madura y desencantada, bordeaba siempre el destino de las vampiresas. Su esposo, Lou Tellegen, un gigantón soso y mecánico, se prodigaba a su vez en espectáculos fríos y agresivos: sus escenarios eran por lo común las nevadas planicies del Labrador o las desoladas cimas de las Rocosas.

Lina Cavalieri, otra diva que huía de la juventud, gustaba de las escenas bucólicas, remedando la ingenua "colegialería" de Mary Pickford. Alla Nazimova, Olga Petrova, Gabriele Robinne, Norka Rouskaya, Ana Pawlova, Berta Kalich, Fela Nelson, la chilena, y otras estrellas del tablado, probaban la buena nueva del cine con efímeros éxitos. Esas películas, interpoladas con las de veteranos como George Fawcett, Carlos Anderson, uno de los padres del cinematógrafo (más brillante en su época que el propio William Hart o Tom Mix), Emmett Dalton, Frank Keenan, Tyronne Power, etc., etc., llenaban las tardes de la ciudad, con melodramas intrascendentes, o con largas tiradas del Far West, las primeras tal vez, que enseñaron a reconocer al público porteño la escasa diferencia que hay entre un cheriff y un simple bandolero del oeste.

Stewart Holmes era, por entonces, el perfecto canalla. Harry Carey, el célebre Cayena, a quien hemos visto hace poco viejo y desvanecido en Trade Horn, el más gaucho de los cow boys; William Hart, con su caballo pinto, el bandolero más audaz, medio indio piel roja, medio Búffalo Bill, duro y sombrío, seco y sarmentoso como un tipo del Greco, baleador seguro y anticipación cinematográfica de la ametralladora callejera de los "gangsters" de Chicago; Francis Ford entretenía con sus insoportables aventuras a la niñez contemporánea, enamorada de las truculencias y de las aventuras inverosímiles; Arnold Daly, lucía su dandysmo de pésima ley; Henry Walthall, ocupaba un puesto preferente entre los actores dramáticos, muy poco consistente por cierto, pues su decadencia fué tan precipitada que, no ha mucho, lo he visto haciendo papeles de cheriff en una cinta insignificante de la prehistoria cinesca. Frank Mayo, primera edición de Tomas Meigham, encarnaba papeles de galán joven, con alguna soltura y cierta sobriedad que le han dado buen nombre...

En la acera de enfrente, la estirada Clara Kimball Young remataba angustiosamente su carrera artística: Ketty Gordon se defendía desesperadamente con la esbeltez de su cuerpo y su elegancia de reina septentrional; Bessie Barriscale, la rubia de los ojos negros, se había visto obligada a descender a los papeles de heroína del Far West, para poder mantenerse en el cartel; Fannie Ward horripilaba en "La marca de fuego", sin mayores dotes; Florence Reed pasaba sin pena ni gloria, mostrando únicamente la belleza de sus ojos alucinados; Gladys Brockwell, la máxima vampiresa de aquella época, se lanzaba por una desenfrenada pendiente al abismo de los estupefacientes, que pronto la condujeron a la muerte; Cleo Redgley, la dulce compañera de Wallace Reed, el protagonista más fino y exquisito de ese mundo, desvaneció sus últimos sueños, en compañía del popular astro; Molly King, la protagonista del "Misterio de la doble cruz", una arriesgada especialista en películas en serie, secundaba eficazmente al afeminado Creighton Hale, sin lograr jamás la boga de una verdadera estrella de la gimnasia cinematográfica, como la simpar Perla White, artista que impuso realmente el género de las cintas en episodios. Perla White apasionó como ninguna otra actriz a Buenos Aires. Sus retratos fueron los más difundidos. Aquella boina de terciopelo que inauguró el ciclo de las boinas en la moda femenina de Buenos Aires, estaba en todas las vidrieras y en todas las páginas de todas las revistas. Su temeridad, que jamás fué sobrepasada por los trucos modernos más representativos, superaba en emoción a los peligrosos juegos de los acróbatas. Su machismo acrobático, nó tuvo parangón. He ahí un mérito que no es posible restarle. "La amenaza oculta"... y "Garra de hierro"... fueron sus creaciones. En ellas, esa extraordinaria artista que había en Perla, sabía encarnar todos los papeles, con sinigual entereza. En cada una de las escenas temblábamos al verla al borde de la muerte, arriesgando el pellejo, como si fuera un moderno Tarzán.



PERLA WHITE

Grace Cunard, era también de esta edad privilegiada. Rubia y suave, actuaba en comedias de algún valor dramático, encarnando sugestivas heroínas de amable y aburguesada trama. Maxine Elliot, con cierto prestigio en las tablas, descendía por grados al anonimato, sin lograr destacarse jamás. Mabel Normand tenía un brillo de estrella de segunda o tercera magnitud, figurando con mediocre éxito en las cintas en series. Phyllis Neilson Terry enamoraba con su cara de ingenua, pero se caracterizaba por su amaneramiento muy británico, más bien seco e inexpresivo.

Pasaron tantas, que es preciso citar también, formando parte de aquella pléyade, a Kay Laurell, una de las artistas de la pantalla que alcanzaron más fama por la perfección y plasticidad de su cuerpo. A su lado, aun cuando más burda y carente de todo refinamiento artístico, Annette Kellerman, la famosa nadadora que llegó hasta el cine mostrando sus formas, las más próximas, según rezaba la inteligente propaganda que le hicieron a "La diosa del mar", a las de la Venus de Milo. Catalina Calvert, modificaba la ficción con su desabrida calma. Rita Jollivet subió de pronto a una gran altura, en una película precedida de gran fama: "El hundimiento del Lusitania", que no le dió en verdad ninguna fama. Así como ascendió, descendió de pronto en la categoría, desapareciendo súbitamente del cartel. Algo parecido podría decirse de Bárbara Castleton y Enid Marked, intérprete esta última de una película de salvajismo africano, y de la misma Beverley Bayne, que escaló la pendiente de una gloria barata en compañía de su esposo, Francis X. Bushman.

Pero en este naufragio de estrellas, algunas se salvaban. Anita Stewart, figurita expresiva y seductora, enardecía las escenas en que actuaba con la simpar belleza de sus ojos, parlanchines y asoleados. Poseía una elegancia única. No era una gran actriz, pero tenía por patrimonio la pericia de convencer, sin grandes efectos. Sobre todo afirmaba un don: el de renovarse graciosamente y brillar en cada nueva película, como si fuera otra. Tal vez el público no la reconoció en todo su valor, porque pronto fué olvidada. Su nombre en la actualidad, ni siquiera pasó a la historia; se hizo pedazos en la indiferencia. Madge Kennedy era suave y delicada. Después de haber intervenido en varias cintas sin importancia, se nos presentó en una gran producción que en vano tratamos de recordar. El caso es que triunfó como ingenua, tras penosas experiencias. Pero después, ¿qué fué de ella? ¿De qué le sirvió aquel triunfo? Ninguna otra producción meritoria le dió la estabilidad que merecía.

Aquella Margarita Clark, aniñada y femenina, tan femenina que sorprendía pudiera albergar tanta picardía genérica, llenó una época. Encantó a una generación, mejor dicho. Tenía la frescura del arte epidérmico, contagioso, espontáneo. Era una amorosa pesadilla en la escena. Un consuelo sin complicaciones. Una orgía venturosa. Recordamos la más fugitiva, la más irreal de sus comedias: "Prunella", porque era también la más sublime de sus bellas creaciones. Margarita Clark, cuando aun era una posibilidad de seducción, se casó, al terminar la guerra, con un capitán del ejército norteamericano y desapareció, sin dejar rastros.

Florencia La Badie, también fué una promesa malograda. Llenaba la escena con su infantilismo romántico, con su dinamismo sabiamente logrado, con su inquietud de chiquilla inteligente, que sabe que lo es y no abusa de una superioridad fácil. Florencia murió muy joven, a los 23 años, en un accidente de automóvil; cuando las grandes películas la esperaban para hacer su nombre universal.

Paulina Frederick, aun cuando no gustaba personalmente, secundaba admirablemente a las bellas actrices, más jóvenes que ella. Por que en el fondo de esta mujer siempre hubo un misterio. El de su edad. ¿Cuándo fué joven Paulina Frederick?

Mae Murray, no obstante su unilateralidad, dejó asimismo una huella profunda. Un cuerpo maravilloso. Unos ojos inquietos y dulcemente femeninos. Una naricita puntiaguda y descocada, que inspiraba ternuras y simpatía, le daban esa rotunda plasticidad, tan difícil de precisar en la pantalla. Mae Murray nunca estuvo mejor como en aquellas películas que iniciaron el género de las revoluciones de países sin ubicación geográfica, liliputienses, en los cuales ella siempre era la reina y un soldado de su guardia, el favorito. Estaban basadas, por lo general, en "El Prisionero de Zenda", de Antonio Hope y precedieron al famoso "Desfile de amor", de Chevalier y la Macdonald.

Edna Purviance, la amable rubia que se hizo popular secundando a Carlitos Chaplín en sus primeras producciones, aquellas que desterraron de nuestros cines a las grotescas pesadillas de Toribio Sánchez y aun las del mismo Max Linder, era algo más que una figura de segundo orden. Sus breves papeles constituían siempre acertadas y eficaces interpretaciones. El inconstante Chaplin, que como amador siempre ha sido un desaforado o un desdichado, la separó injustamente de su lado trocándola por la sutil Mildred Harris, y ya no se habló más de ella.

Alice Brady fué una gran actriz. ¿Quién la recuerda? Sobria, de una mesura aristocrática, con su naricita que tenía un parecido extraordinario con la de Mae Murray, impresionaba maravillosamente. Tenía un gesto de despecho tan feliz que no se lo he visto a ninguna otra.

Ana Luther, graciosa y prodigiosamente bella, tuvo también sus días de esplendor en nuestro medio. Eran por aquella época famosos sus cabellos rojos, como lo son ahora los de Jean Harlow por platinados, y como lo fueron antes los de Bessie Barriscale, la primera platinada del cine.

Ethel Clayton, la rubia armoniosa, llegó a una envidiable altura. Sus frecuentes trabajos alcanzaron singular interés, sin haber sobrepasado jamás la línea de lo extraordinario. Ninguna de sus producciones hizo desbordar un cine, pero mantuvo un prestigio constante hasta que su fulgor se apagó.

Mae Marsh encantaba por su pequeñez, por su naricita respingona y por su agilidad en la escena. En "La hija del circo", lo recordamos con emoción, hizo una de sus creaciones más brillantes. Sus papeles de niña revelaban en ella a una actriz consciente y de una gran capacidad emotiva, confirmada ahora, al cabo de tantos años, en un formidable papel de anciana, es decir, en los dos extremos pasionales de la interpretación con la película: "Honrarás a tu madre", que ha resucitado su nombre, muerto para nuestro público, desde aquella lejana fecha.

Hagamos un alto. Descansemos un momento para rememorar en un nuevo artículo, otras vidas cristalinas y brillantes de una formidable constelación de estrellas del pasado que acaso no haya sido superada en cantidad y en calidad, por las actuales figuras de la pantalla.

G. BROCKWELL — A. STEWART — F. REED — W. REID

E. CLAYTON — P. MENICHELLI — M. MARSH — H. WALTHAILL



VOCES



AQUELLA mañana, en la Calle de los Neurasténicos, aparecieron muertos todos los lecheros. Aquello era una venganza desesperada de sus habitantes, tomada en aquellos lecheros infernales que todo el año, desde el alba y durante el día, pasaban por la calle empedrada con adoquines desiguales, con un horroroso estruendo de ruedas y de herraduras, en verdaderas carreras de carros romanos, acompañadas de gritos y de juramentos, sin ningún miramiento para los pobres infelices que la habitaban; como si el sueño y la tranquilidad de los vecinos no fuese respetable; como si la calle fuera carretera en despoblado; o como si fuese una pista en la pampa... La "vendetta" la habían determinado en asamblea general y por unanimidad de votos. Y desde aquel día memorable; desde el día de la matanza de los lecheros, la calle se llama: ¡A cada chancho le llega su San Martín!

★

Todavía no se ha podido establecer quiénes son más amantes de la muerte: si los médicos, los militares o los empresarios de pompas fúnebres.

★

En serio, sólo pueden hablar de deshumanización del arte los eunucos de la literatura.

★

Viendo los bomberos con máuser, pienso que en Buenos Aires se apagan los incendios a tiros.

★

Hay "novelistas" que matan a sus personajes con la misma indiferencia que ciertos médicos matan a los enfermos... cuando la única muerte merecida y justificada sería la del autor.

"El pan de esta panadería es el mejor".

Rectifíquese:

Esta panadería hace todos los días el milagro de hacer pan sin harina. Por eso nuestro pan parece sapos hinchados.

★

El dinero, en mano de ciertos bandidos, es un arma con la que se cometen impunemente los más atroces crímenes.

★

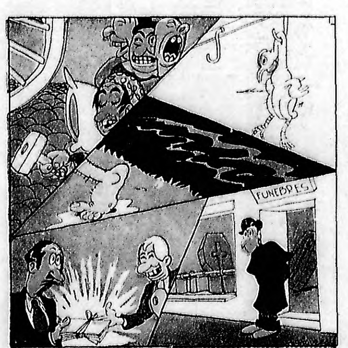
No es posible que X, cuya psicología está más cerca de la del bandido que de la del hombre de bien, sea un gran escritor.

★

Para ser gran escritor, además de un gran talento, es necesario tener una gran alma, un gran corazón y un gran amor por la humanidad.

★

Tengo la sensación de que si un clérigo se bañara en el mar — cosa no muy probable — dejaría el agua de un color tan particular que nos parecería que por allí habían andado calamares...



★

¡Con qué vergüenza, con qué encendido rubor deben recibir los intendentes de todas las municipalidades del mundo el dinero recaudado de las "casas de mal vivir"!

★

Aquellas monjas que vi entrar en el río vestidas y calzadas, más que nada me parecieron unas formidables heréticas que, sin confesarlo, hacían a su manera una sarcástica y sangrienta befa de la religión y de sus hábitos.

★

Los curas sienten un rubor inconfesable cuando el viento les abre la sotana y uno les ve los pantalones.

★

A esa mujer que, al subir al tranvía la he salvado de una caída segura, y que no ha tenido la delicadeza de darme las gracias, la he de ver ahogarse, la he de ver quemarse, la he de ver morir — estoy seguro — con la mayor indiferencia y con la más perfecta impasibilidad.

★

Actualmente el título de pobre es el más desprestigiado para llegar al cielo.

★

El rabo, para los perros, es como la hoja de parra para los hombres, por eso no hay que cortárselo.

★

¡Cuánto hubiéramos ganado los hombres si a las mujeres en vez de darles por cortarse el pelo les hubiera dado por cortarse las uñas.

★

El hombre es un mono distinguido.

★

A ese pescador político que, con tanto interés se juega entero por Fulano o por Zutano, no hay que darle demasiada importancia... Se "juega entero" porque no tiene otra cosa que perder.

★

Los mozos de café son una cosa híbrida porque dejaron de ser hombres y todavía no han llegado a ser mujeres.

★

Lo que en las ricas es gravidez, en las pobres es embarazo; y lo que en los ricos es un ligero mareo, en los pobres es una merluza, una turca, una papalina, una reverendísima tranca.

★

Los moralistas encuentran que la mujer está llena de defectos. No es cierto. Están equivocados los moralistas. No la saben ver. No hay que pedir peras al olmo.

★

Aquel mono cuando se agarraba el rabo parecía que iba a apagar un incendio.

★

Ese pollo pelado y colgado del gancho de la pollería con una pluma debajo del ala derecha, parece un picador en plena faena.

★

No hay que engañarse... Basta con ir a Montevideo nada más para ver todo lo triste, lo desagradable, lo irritable, lo inhumana, lo descordializada, que es la vida en Buenos Aires.

★

En los desfiles militares las únicas que sonríen son las mulas.

★

La palabra "correligionario" es la palabra tras de la que se oculta siempre una finalidad inconfesable; es la palabra de la que debemos librarnos como de un estigma, como de algo avergonzador y nauseabundo; es la palabra que sólo debe ser pronunciada por labios de políticos.

Pedro Herreros

EL SECRETO

ESTANISLAO Krasiliev había fabricado violines y compuesto, él solo, música. Sabía también cómo hacer circular monedas y billetes falsos y proveer de pasaportes a quienes se lo solicitasen, pero era, sobre todo, un extraordinario provocador de enfermedades — enfermedades que pudiesen ser motivo suficiente como para que el que padeciese una de ellas, se librase del servicio militar: hernias, anemia de primer grado, sordera, quebraduras, etc., etc.

Su fama llegaba hasta la frontera, siempre confusa, ruso-rumana. Estanislao Krasiliev murió naturalmente, tuberculoso y su muerte coincidió con la primera derrota del ejército ruso contra los japoneses. Ya por las escaleras de Odessa rodaban los "¡Abajo el "primer asesino", Nicolás Romanoff!"; sus hijas Kratia, María y Berta visitaban a sus amigos en las cárceles y su hijo Alejandro se enamoraba de Lisa Orlosky, novia de uno de los presos amigos de sus hermanas.

Una noche, la viuda Krasiliev, pálida del susto de los cinco oficios de su difunto esposo, reveló a sus hijos que ya su corazón no podía resistir ni un solo registro más de la policía.

—¡Ni uno solo ya! — gritó histéricamente.

Acababan de cenar y estaban aún sentados alrededor de la mesa.

Una palabra flechó el círculo luminoso suspendido sobre ellos:

—Emigremos.

La palabra cayó en un vaso con agua que se habían olvidado de recoger, enturbiándola, como a sus ojos.

—Emigremos — repetió la madre.

Meses después, una mañana de junio, Buenos Aires recibió aquella carga de nervios desmadejados.

Cuando desembarcaron, la pequeña Tania llevaba una camisa de cuello cerrado, azul, ribeteada de rojo, y el pelo cortado al rape. Además de serlo, parecía una huérfana. En cambio Kratia, María y Berta, con sus melenas y sus faldas estrechas ciñiéndolas los muslos mal alimentados, parecían tres prostitutas haciéndose entender por gestos. Alejandro fué el único que se quedó sin parecido. El hombre que sólo mira hacia atrás a un rostro de mujer que se quedó, es el mismo en todas las ciudades del mundo. Los Krasiliev alquilaron una habitación en una casa de la calle Bustamante. No poseían samovar, pero en cambio, traían desde Odessa, un almirez en el que la viuda parecía machacar su soledad sobrecogida de antiguos temores, y una copia en color de un cuadro de Rembrandt.

Es como la vida — decía Kratia, señalándola con su mano nerviosa el claroscuro.

Las tres Krasiliev se dejaron crecer las melenas. Cuando ya pudieron anudarse tres lacias trenzas de un rubio leonado, la madre les dijo que "en América había que casarse".

Ellas se rieron, porque ellas se reían de todo. Kratia, que había hallado trabajo en el taller de un sastre de señoras, decía:

—Las señoras se dividen en dos clases: señoras con barriga y señoras sin barriga. Las que la tienen están siempre acariciándoselas; estas señoras creen que hay que respetarles la barriga...

Berta, predispuesta al amor, había descubierto en la misma calle donde vivían, a una pareja de novios.

—Ella está en el balcón — describía — y él... en la esquina.

La nostalgia las sensibilizaba a las tres:

—Los argentinos — observaban — dicen: "Me muero por tí" — y recordaban a sus amigos de Odessa que les decían: "Vivo por tí".

Hacía ya seis meses que paseaban sus miradas por las calles de Buenos Aires, y se encontraban perdidas entre aquellas paredes bajas, color de rosa, de la ciudad, sin atreverse a entrar en esos cafés en que siempre había hombres que tomaban café sin sus mujeres.

Sólo les gustaban los tangos que cantaban con ritmo distinto — ritmo de melodía que se desvanece en el humo dorado del te, en una habitación en que canturrean hasta sollozar, solitarias, dos mujeres.

Al entrar en el segundo invierno porteño, los ojos de Kratia adquirieron esa simpatía indefinible de la tuberculosis, y sus oídos se afinaron como si los sonidos fuesen recogidos por un tacto extrasutil; tuvo su primer vómito. Entonces los Krasiliev dejaron de pensar en Odessa; parecía que la ciudad les exigía, para su entrega definitiva, a aquel emigrante que faltaba y que ya había llegado.

II

Tania repite otra vez el pasaje difícil de la Reverie de Schumann.

—¡Dios mío! — murmura su madre, sin lágrimas ya.

En ese mismo instante, María abre la puerta.

—Sólo han pasado quince días...

María trae en sus pómulos la palidez de un mismo camino recorrido todos los días:

—Déjala, mamá, déjala... no hay que ser hipócritas. — Y sin quitarse el sombrero refiere:

—Hoy el patrón estuvo muy conversador... Dijo que el ser sastre es un arte, un arte que no tiene fin... como la biblia... y yo me reí.

—¿A tí que te importaba?

María procura no mirar a su madre.

—Me ha despedido.

La viuda con sus dedos deformados recoge del mantel unas migajas invisibles.

Tania comienza de nuevo la "Reverie"... Hace quince días todavía Kratia entornaba sus ojos y sufría por esa música destrozada con tanto fervor... Después, llegó una carta de Berta, una larga carta como para ser pegada con letras rojas en una esquina de la calle...

Berta vive ahora en el Brasil.

Se había enamorado de un viudo que sólo comía verduras y hablaba el inglés y a pesar de la madre y del entrecejo de Alejandro, se marchó con él, tranquilamente, al Brasil a hacerse colonos.

"¿Será dichosa?", se pregunta María:

—Tania.

—Ya te he dicho que quiero que me llames Teresa.

—Bueno, Tania, perdóname, Teresa, ¿será feliz Berta cosechando yerba mate?

—Por lo menos come. Siempre le han gustado las manzanas.

María se ríe:

—¿Y a tí, que te gusta?

Su hermana se señala el pañuelo doblado debajo de su barbilla.

—Tú piensas en papá — murmura ella.

—Era un artista y odiaba a los hipócritas.

Sentían los Krasiliev una amarga voluptuosidad redoblando la "r" de "hipócrita". Luego, como una ciega en el crepúsculo, prosigue Tania su obsesionante ensueño...

Cuando llega Alejandro, la madre le lleva al encuentro la noticia. El no interrumpe su aria de Tosca silbada con silbidos de bajo.

—Se burló del patrón...

—No te preocupes — responde aprovechando una pausa —. Pronto seremos ricos.

—¿...?

—¿...?

—¿...?

—Ricos. Ricos — Alejandro no puede dominarse.— Enviaré dinero... Ella vendrá, nos casaremos...

—¿Qué historia es ésta? — acaba gritando su madre.



—¡Ah!, ¡ah! No se puede decir, se trata de fabricar espejos...

Sus hermanas se ríen.

—¡Espejitos, espejitos! — pregona María con los pómulos muy sonrosados. — Espejitos para que las damas comprueben en el teatro que no les han cambiado los ojos en el guardarropa.

Alejandro anuncia imperturbable:

—Voy a hacerme fabricante de espejitos.

—¿Y crees que con eso llegaremos a ser ricos?

Ese es el secreto. ¿Qué es un secreto? Un secreto puede darle a uno mucho dinero... Un se-cre-to-oo... Un secretooo... — tamborilea sobre la mesa.

La viuda arroja sobre los tres una mirada de resucitado temor: he aquí que también el hijo...

Ahora, los tres cantan.

Tania poseía un hilo de voz aguda, en lo alto; María un gemido; Alejandro, las cuerdas profundas de un violoncello...

III

En la fábrica, modesto taller de suelo de baldosas en los fondos de una casa de la calle Corrientes, Alejandro lo hacía todo o casi todo.

A las siete de la mañana, cuando llegaban sus operarios, tres muchachos silenciosos, comidos por el mercurio, ya estaban preparados sobre las mesas los montones de cristales perfectamente pulidos, que habrían de azogarse en el día.

Trabajaba de noche. El claror de la madrugada le sorprendía con el calcotar en la mano, frotando los trozos de vidrio, mientras, para distraerse silbaría fragmentos de óperas? Se había abonado con su Lisa a dos tertulias delanteras del Teatro Colón, y al regresar, las noches de función, repetía con ella, cuya voz de contralto el bienestar conyugal había henchido como un goce logrado, los largos dúos de amor.

Después de pulir él mismo, los vidrios con el esmeril y el grueso asperon, a costa, sin duda, de su sueño, intervenía también en el azogado, y al anochecer, cuando abandonaba el taller, llevaba igual que sus obreros, las manos rojas de minio y los pulmones quemados por los ácidos. Innumerables corredores de comercio vendían sus espejitos marcados con una K dorada en el reverso ,y por todas las provincias, y en la capital no había quien pudiese competir con sus precios.

—Pierde dinero el ruso — sostenían los demás fabricantes desde hacía un año, siempre a la expectativa del final de aquel negocio inexplicable.

Alejandro se sonreía y sobre la mesa en casa de su madre, tamborileaba: El se-cre-to.. El se-cre-to-oo...

Pero las asperezas de la fábrica habían anidado en los nudillos de sus dedos, y su mujer, cuando en el hervor resplandeciente de la sala del Colón veía sus manos entintadas de rojos negruzcos, le decía:

—¿Por qué no tomas más obreros y tú te dedicas sólo a las cuentas?

—Un secreto es un secreto cuando sólo es de uno — respondía él.

Alguna vez, delante de su suegra, ella insistía, pero la viuda de Estanislao Krasiliev prefería callar.

En su armario colgaban vestidos de seda negra, y el verano anterior había estado en un balneario de aguas termales, como siempre soñara hacerlo allá, en la Ciudad Alba, a orillas de su río de aguas color limón.

De los espejos llegaban también a ella y a sus hijas, algunos reflejos, pero mientras la mujer de Alejandro se dedicaba abiertamente a una vida plácida, ella no podía hacerlo. Había algo que roía el fondo de aquella prosperidad: el secreto.

Ella interrogaba a sus hijas y éstas, después de encogerse de hombros, se interrogaban a sí mismas.

Recordaba pormenores de los billetes, tintas para los pasaportes, hasta sabía cuándo una partitura estaba en clave de sol o en clave de fa, pero su ciencia acababa en los espejitos.

¿Cuál era el misterio de aquellas pequeñas lunitas forradas en moarés y gamuzas claras que salían todos los días del taller y que se vendían a precios inverosímiles, invulnerables a toda competencia?

Lisa, en cambio, no se quejaba. Su marido vestía bien, jugaba a las carreras y decía "macanudo" y "farra" con cómica soltura. Tenía nuevos amigos, nuevos gustos, criticaba sus vestidos y hasta se había convencido al fin, de la mediocridad musical de Tania, a la que ya ella había juzgado desde la pureza indiscutible de su voz.

Un día, Tania fuera de sí, reprochó a su hermano su "secreto".

—Pues para que lo sepas, el violín ha de tener también su secreto. Todo tiene su secreto. Como no descubras el secreto del violín te morirás sin saber tocarlo como hay que tocarlo..

Su madre, que se hallaba presente, suspiró:

—Para la policía no hay secretos, tarde o temprano... — dijo involuntariamente.

Alejandro pegó un golpe en la mesa y se puso de pie:

—¡Histéricas! — murmuró, cerrando detrás suyo la puerta.

Pero no fué la policía, no:

Un anochecer, mientras se quitaba el barniz de las uñas, inclinado sobre la pila de agua, tuvo un acceso de tos y un nuevo minio, fácil de despegar, caliente y humano se desparramó por sus manos.

Lo esperaba — le dijo su mujer cuando él se lo contó.

Al otro día vino a verle su madre y un poco más tarde, sus hermanas.

—Tendrás que descansar — dijo María.

—¿Y la fábrica?

—Toma un capataz que te reemplace.

—No puede ser.

Ellas comprendieron que se trataba del "secreto" y permanecieron calladas.

—Hay que gastar menos — dijo la madre.

—Quizá no estaría mal una temporada de campo — opinó Lisa, que tenía los labios gordezuelos y a la que no gustaba inclinarse a recoger las horquillas que se le iban desprendiendo del rodete mientras hablaba.

—Todo cuesta dinero y ya sabes que no tenemos nada ahorrado.

Lisa miró a su suegra:

—Las carreras, sus amigos — aclaró cerrándose instintivamente el escote de su bata de lana guarnecida de piel blanca. Alejandro siguió yendo a la fábrica y su madre cuando lo veía ya no le decía nada.

—Lo matará el "secreto" — pensaba.

Un día no pudo ir.

Pasó un mes, y otro, y al siguiente hubo que cerrar la fábrica.

—Ese es el "secreto" — confesó una tarde entre las dos luces de la fiebre —. Si yo lo dijese se acabaría todo... Esperemos... Pronto estaré bueno...

Esperaron. Un día, Lisa enfrentó a los Krasiliev reunidos junto a la cama del enfermo.

—Es necesario que se vuelva a trabajar en la fábrica... esto no puede continuar así... Hacía ya cinco días que no le abandonaba la fiebre.

En la húmeda y roja atmósfera veía endurecerse el rostro de su mujer.

—Tiene razón —pensó —. Las mujeres son indiscretas, no pueden guardar nada... En seguida lo contarán... El se-cre-to. El se-cre-to... tamborileaba el delirio en sus sienes.

—El secreto es — comenzó. Su madre cerró los ojos: después del padre, el hijo...

—...que un día yo pensé en las placas de los fotógrafos. ¿Qué se podría hacer con ellas? Me fuí a ver a uno conocido mío, y le dije que quería comprarle todas sus placas inutilizadas ya. El hombre me miró y me las dió por nada, por una insignificancia "¡Macanudo!"... Fuí a ver a otro y me sucedió lo mismo. Ni siquiera me preguntaban para qué las quería... Las placas limpias de imágenes, eran los mejores cristales, bruñidos ya, para ser convertidos en espejitos, costaban cuatro veces menos que los vidrios de fábrica, podía reirme yo de la competencia... — Su madre sollozó. Sentía un gran alivio y no sabía a quién agradecérselo, el que el secreto fuese un secreto sencillo, un inocente secreto.

—...Todo consistía en borrar los retratos de las placas, hacer desaparecer esas imágenes de seres desconocidos, sombras sin color y hacer que convertidas en espejos se asomasen a ellas otros seres, iluminándolos con mayor vida... y me puse a...

Alejandro no pudo concluir. María lanzó un grito. Lisa cubrió el cuerpo de su marido con su blando cuerpo rosa y blanco.

La madre, inmóvil, no interrumpió sus sollozos.

Luisa Sofovich

EL POGROM

por

JASIA STEMBERG



Con la llegada de las tropas terminó el progrom

UNA tarde de invierno. Ni más linda ni más fría que todas las tardes de los crudos inviernos de Rusia. Con nieve hasta las pantorrillas y escarcha en los cristales. Y un cielo totalmente gris.

Una tarde de invierno y de "pogroom". De terror y de lágrimas. En la que tuvimos, una vez más, que pagar la inmensa culpa de ser judíos. Y de no haber hecho daño a nadie.

Y luego, muchas tardes más. Muchas noches más. Y muchas albas más, con un inmenso sol tinto de sangre. Y muchas, muchas esperanzas de volver a vivir.

Inolvidables tardes, noches y albas de "pogrooms", de los que escaparon con vida y los que en desesperada fuga perdieron la fe en Dios. Y el amor a los hombres...

★

Mi padre tiene una parálisis que lo tiene postrado en cama desde hace varios meses.

Zaychik ha quedado huérfano hace varios días, y llora desconsoladamente a su madre. Lo veo llorar y sufro. Pero no lloró. Su madre no fué mía. Mi madre, vive lejos. Muy lejos y yo me la imagino la mujer más linda del mundo.

Tía Dascha mira a la calle a través de los vidros escarchados, y la abuela, aquella sufrida y arrugada abuela, cose.

Afuera, la nieve cae en copos enormes. Y todo es gris. Angustiosamente gris. El sol, temiendo que lo entristezcamos con nuestro miedo y con nuestras lágrimas, no se ha hecho ver en todo aquel día. El samovar insiste en su deseo de decirnos algo.

★

Y la mesa parece ahora una enorme mejilla de mujer, arrugada y bañada en lágrimas. Y nosotros tenemos hambre, sueño y miedo.

Sobre todo, mucho miedo...

La nieve va tomando un color plateado o gris. Las brasas del samovar son la única nota de color en medio de aquellas aterradoras tinieblas. Pero comienzan a apagarse. Igual que nosotros. La cabeza comienza a caérsenos a lo largo de nuestros pechos y el sueño quiere cerrarnos los ojos. Oponemos alguna resistencia, al comienzo. Es la resistencia del miedo que nos sorprendan a oscuras y durmiendo. Pero al fin nos vence. Sólo el samovar ha quedado despierto y nos sigue hablando.

★

Tía Dascha es joven y linda. Y hace mucho tiempo que sufre y maldice la hora de haber nacido judía. Sabe que no hay ninguna diferencia entre una raza y otra. Y sabe también, que a pesar de ello, pertenecer a la judía, es una desventaja enorme. Y también un peligro.

Por eso reniega.

Pero no olvida, que todas nuestras vidas, la de mi padre, la de Zaychik, la de mi abuela y la mía, dependen de ella.

Y por eso es que sobre sus hermosos y erguidos senos, en vez de una cálida mano de enamorado, se apoya el caño de un revólver.

Puede decirse que aquel revólver fué el único hombre presente, entonces, entre nosotros. Y en él confiamos.

El samovar, está ahora, a la vez que mudo, frío.

De nuevo en la ventana, Dascha escruta la blancura de afuera. Y Zaychik duerme abrazado fuertemente a mí, como hace días, dormía abrazado a su madre.

Y sobre una hornalla que arde de lástima, hierve una olla con nuestro sustento. Es agua y arroz.

Debajo de la cama donde mi padre yace inmóvil y pálido, se han acumulado desperdicios que nos asfixian. Pero no los podemos echar fuera. Imposible.

La muerte ronda en torno de aquella pieza que encierra nuestras vidas.

Zaychik tiene cinco años. Es rubio, de ojos azules y su carita es pálida como la de una niña. Está ahora junto a mí y a Dascha. Y juntos a nuestra abuela, sentados alrededor de la mesa arrimada a la cama en la que mi padre yace como un cadáver viviente.

—Jasia... ¿Por qué nos quieren matar?

—Por que somos judíos... le contesto yo, aunque tampoco lo entiendo, claro.

—Y, ¿por qué somos judíos, abuelita?

—Por que Dios nos ha concedido esa gracia. Agradezcámosle y no nos quejemos.

—¿Gracia?... — protestó Dascha con voz enronquecida por tantos días y tantas noches de frío —. ¿Gracia ser judíos?... ¿Sabes que nos va a costar la vida semejante gracia, mamá?... ¿Eh?...

Mis ojos iban de una cara a otra. Yo comprendía todo aquello como el mismo Zaychik.

El arroz humeaba ahora sobre nuestros platos ajados, y una especie de bienestar invadió nuestras acobardadas almas judías.

Comemos. Las cucharas deslizan de vez en cuando un golpe sobre la porcelana de los platos. Unos granos de arroz, caen como pequeños copos de nieve cálida sobre nuestros abrigos deshechos.

Nos tiemblan las manos y los labios...

Golpean...

★

Mi padre sigue mirando fijo el techo. Es la pantalla sobre la que se proyecta ahora toda su vida. Y nuestro destino.

Su imaginación sigue proyectando sobre la blancura del yeso, algo que ni sospechamos qué puede ser. Y él sigue mirando con los ojos desmesuradamente abiertos.

Siguen golpeando.

Sobre nuestras almas pesa una interrogante monstruosa.

¿Abrimos?... ¿Sí?... ¿No?...

Los golpes son ahora mucho más fuertes. Se oye el tintinear de unas espuelas y el desenvainar de unos sables. Y un rumor de voces siniestras.

El instinto es gran calculador: o abrimos o entran a la fuerza.

★

Y abrimos:

—¡Yidy!... (judíos)...

Sólo nuestros ojos hablaron.

Son once. Once cosacos ebrios y sucios. Tienen la cabeza completamente rapada, sobre la que flamea un jopo como una amenaza.

Unos tosen y otros se alisan los bigotes. Unos se suenan las narices sobre el suelo y otros se las restregan con la manga de sus gabanes.

Ahora nos miran. Con rabia y asco. Con ganas de matarnos poco a poco.

—A ver las armas que hay en la casa.

El revólver recogido sobre los senos de Dascha, sigue en disimulada modorra, listo a atronar el espacio en defensa de nuestras vidas.

Los párpados de mi padre bajan sobre sus ojos, interrumpiéndole el espectáculo de su proyección imaginaria.

Zaychik se abraza fuertemente a las piernas de la abuela y yo me quedo idiotizada de miedo contra la pared.

El ruido de las espuelas sigue recorriendo la pieza. Los sables filosos y desnudos, se dan de golpes contra el piso y los muebles.

Y nuestras almas, en un desesperado deseo de lanzarse a la fuga, se estrellan contra las paredes de nuestro pecho.

Seguimos esperando el fin de aquella visita. Las espuelas... nuestras almas... los sables... los jopos... mi padre... ¿durmiendo o muerto ya?... Yo... Zaychik y el revólver entre los senos de Dascha...

★

Los cajones enseñan ahora la cohibida intimidad de nuestra miseria. Trapos... botones... alguna aguja, un dedal... unos libros viejos y deshechos... unas partituras de música y un violín, sobre cuyo puente ya no existe la tensión de cuerda alguna. Pedazos de pan, viejo y negro. Una que otra prenda de vestir.

Todo esto está ahora en el suelo, en un desorden promovido por los puntapiés.

Un libro de Gógol, remontó vuelo bajo el impulso de una bota y aterrizó abierto, como un frustrado despliegue de alas a mis piés. Son "las almas muertas".

Ahora las garras se agitan sobre la pared de la que penden los cacharros de cocina. El estrépito de las ollas al chocar con el piso es desagradable. Suena en nuestros excitados oídos con ruido de balas. Y de muerte. Y ya no queda más nada por revisar. Ni por revolver. Ni por tirar.

Pero las manos de los hombres que sirven a Denikin, a Petlura, siguen ávidas de algo.

Sus ojos han encontrado ya el objeto para sus manos, y uno de ellos se lanza sobre tía Dascha.

Un paso adelante. Otro más. La mano entre los senos y el tambor de su revólver toca un redoble.

Estertores de bestia que agoniza. Rojo sobre el sucio gris del piso.

Otro que se adelanta. Y cae. Otro más...

Desviado por la borrachera, un sable pasa zumbando junto al rostro de Zaychik, en un frustrado deseo de decapitarlo.

Ahora, ese mismo sable no vuelve sobre su recorrido. No. Cae. Sobre él, se desploma el jopo que lo empuñó.

Yo también estoy junto a las pobres piernas de mi abuela, conteniéndome las ganas de gritar. Las lágrimas me recorren las mejillas, como a Zaychik y se pierden en las comisuras de los labios, presos entre los dientes.

Los otros se detienen. Temen a tía Dascha, de cuyo pecho brota fuego y plomo...

Afuera nieva sobre un coro que canta la Internacional... y sobre una inmensa bandera roja.

Los jopos en pie se sienten perdidos. Y ahora, son ellos los que imploran piedad.

A Dascha, a abuela, a Zaychik y a mí. Ruegan que los escondamos. A cambio de sus vidas, nos prometen fortunas inmensas. De esas que el instinto de conservación imagina con excepcional prodigalidad.

Junto a los cadáveres de sus tres compañeros, hay otros ocho hombres también muertos.

Los ojos del tambor de redoble, están vacíos. No brilla en ellos ni la pupila de una sola cápsula. Pero el cañón está aún amenazando de muerte, a los que nos vinieron a matar.

Volvemos a la vida, poco a poco.

Dascha corre alegremente hacia los brazos de los hombres de la revolución.

Los jopos huyen, y también se estrellan contra los brazos de los hombres de la revolución victoriosa...

★

A los costados de la avenida central y a todo lo largo de su curso, cuelgan los enemigos de Octubre...

Entre ellos, miliares de "jopos". Sobre los pies de cada uno de los hombres de Peklura y de Denikin, cuelga un letrero, en el que reza esta leyenda:

"POR BARBAROS"

El viento y la nieve azota esos cuerpos, como ayer lo hicieran éstos con nosotros.

Y oscilan como péndulos de un reloj horrible y trágico.

La cuerda tensa. Los ojos abiertos unos y otros cerrados. Las lenguas, todas afuera, sobre la barbilla. Las caras tienen un violento color azul.

Y los jopos, esas siniestras amenazas que ayer golpearon a nuestras puertas, flamean sobre las calaveras de los asesinos...

Es un día cualquiera de Enero del año 1919...



Lugar de Muerte de los Guanacos



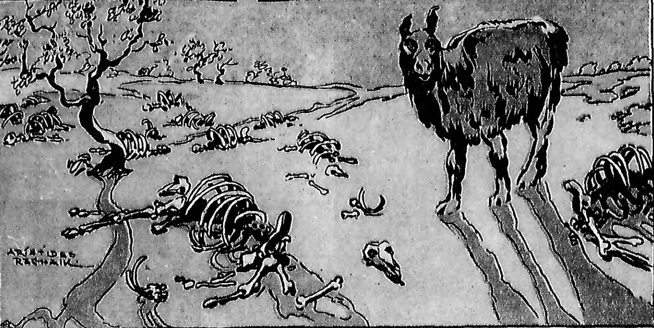
ES bien sabido que en el confín austral de la Patagonia los guanacos tienen un sitio para morir: un lugar en el cual todos los individuos que habitan las llanuras de los alrededores se esconden a la proximidad de la muerte para depositar sus huesos. Darwin y Fitzroy fueron los primeros en señalar ese extraño instinto, y sus observaciones han sido plenamente confirmadas por los demás. Los lugares de muerte más conocidos están en las riberas de los ríos Santa Cruz y Gallegos, donde cubren los valles primitivos, espesos matorrales y árboles raquíticos. Allí, sobre la tierra, están los huesos de innumerables generaciones.

Respecto al lecho de muerte del animal y al instinto, Darwin agrega: "Ignoro la razón, pero debo observar que los guanacos heridos de Santa Cruz se dirigían invariablemente hacia el río". Sería sin duda aventurado afirmar sobre cualquier instinto que éste es único, pero apartando algunos dudosos relatos sobre una costumbre del elefante de Asia, que pueden haberse derivado de las historias de Simbad el Marino, no conocemos ningún instinto similar al del guanaco en ningún otro animal. Hasta donde sabemos, está solo; nada tienen que ver las otras especies mayores, ni suponemos alguna afinidad. Se parece menos al instinto de una de las razas inferiores que a la supersticiosa observación de los seres hermanos que tienen conocimiento de la muerte y creen en una continuada existencia después de la disolución de una tribu que en épocas pasadas hubiera concebido la idea de que el espíritu libertado es el único capaz de encontrar el camino de su futura morada, comenzando en la muerte desde la antigua tumba de la tribu o familia y desde ahí hasta el Este o en dirección al cielo, o bajo tierra, sobre la huella inmemorial, invisible a los ojos materiales.

Visto en esa forma el instinto del guanaco, podría ser considerado como algo que perdurara en el animal desde un remoto ayer, tal vez modificado por el tiempo; como una ceremonia ya sin sentido, como un fragmento de historia antigua o una tradición que en el curso del tiempo ha recibido una nueva y falsa interpretación. La falsa interpretación, para continuar la metáfora — es en este caso que el propósito del animal al concurrir a un sitio determinado, que antes nunca pisó, es el de morir en ese lugar. Es falsa la interpretación, porque es *increíble* que un instinto sin ventaja para la especie fuera a surgir y hacerse permanente; y además porque es increíble que la posesión de un sitio de muerte le fuera útil en algo. Debemos, pues, suponer que hay en las sensaciones precedentes a la muerte, cuando ésta viene lentamente, cierto parecido con las sensaciones experimentadas por el animal durante el período en que su curioso instinto tomó forma y se cristalizó. Estas serían sensaciones penosas que amenazaron su vida y para librarse de ellas, el animal buscaría ese paraje bien recordado. Podemos suponer que en un principio bastaba la memoria de unos pocos, para que los demás animales buscaran el lugar de seguridad. Una costumbre fué así formada. Esa tradicional costumbre se hizo instintiva, de manera que los animales viejos y jóvenes se dirigían al lugar de refugio cuando el viejo peligro volvía.

El instinto maduró lentamente y se hizo perfecto hasta impedir que la raza se extinguiera durante períodos de peligro que duraron cientos y aun miles de años. Aceptada esta explicación — que el guanaco al abandonar el rebaño para desfallecer y morir en el antiguo sitio de muerte, se limita a buscar un antiguo asilo — la acción del animal pierde mucha parte de su misterio. Estamos en terreno firme, y vemos que no se trata de un instinto absolutamente único sin relación con los demás.

Encontramos, en efecto, que hay un instinto muy importante y bien conocido en otras clases de criaturas, que tiene gran semejanza con el del guanaco y cuyo estudio puede sernos útil aquí. Me refiero a las costumbres *de ciertos ofidios — de los países fríos o templados* — que vuelven anualmente a la misma cueva donde pasaron el invierno anterior. Un ejemplo típico es el de la serpiente de cascabel de las regiones frías de Norte América. Cuando el invierno se aproxima, estos reptiles se



esconden y se ha observado que en ciertos lugares cientos y miles de individuos acuden a los alrededores a esconderse en la cueva ancestral. Allí las serpientes se reunen en masa para permanecer en un estado de semisopor, hasta que la vuelta de la primavera las hace de nuevo salir para volver a sus acostumbradas "residencias veraniegas".

En este caso, el conocimiento de la cueva de invierno no es únicamente tradicional, es decir, trasmitido de generación en generación. El joven sigue al adulto, y así se forma la costumbre de ir a una determinada cueva cada estación. La joven serpiente pronto abandona a sus mayores para llevar "su vida" y cuando llegan los tiempos fríos el invernadero suele quedar a unas treinta millas del barrio natal. La vuelta anual es un instinto seguro, como el de ciertos pájaros que en otoño buscan un clima más caluroso.

Es sin duda favorable para las serpientes el pasar el invierno amontonadas. Esa costumbre de dirigirse anualmente a un antiguo lugar nos induce a pensar *que los individuos — tal vez* una pareja al comienzo — que frecuentaron una cueva bien seca, muy profunda, seguro refugio contra enemigos, tendrían una considerable ventaja sobre sus compañeros, y aumentarían más y más durante el verano.

Posiblemente la mayoría de las serpientes no sucumben de muerte natural; decir que ni una sobre mil conoce la vejez no sería exagerar, pero si tuvieran tan pocos enemigos o accidentes como otros animales menos prolíficos y mucho más complejos, de suerte que muchas alcanzaron el *término* natural de la vida, sería dable suponer que en una naturaleza ardiente el fracaso de los poderes vitales simularía las sensaciones causadas por una temperatura en descenso, y haría que la serpiente vieja o enferma se arrastrara al refugio conocido, en el que había sobrevivido a tantas heladas.

El guanaco nunca ha sido animal de invernar, pero debemos suponer que, como el crótalo del Norte, había formado la costumbre de juntarse con sus compañeros para pasar ciertas temporadas en un mismo lugar; que eso aconteció en épocas de sufrimiento para el animal, pues la incomodidad o el peligro fueron los que produjeron el hábito. Si también suponemos que ese hábito perduró hasta hacerse un instinto, como el de la serpiente, de manera que los *guanacos jóvenes se dirigieran* solos al "meeting" desde cualquier distancia, no hay más que un paso hasta la creencia de que una vez cambiadas las condiciones, ese conocimiento instintivo perduraría en ellos y les haría emprender el viejo camino cuando los estimulara una herida, o el malestar de una enfermedad o el decaimiento de la energía vital, cuando los sentidos se debilitan, la respiración se entorpece y la sangre es débil y fría.

Voy a relatar un caso que yo he observado y que me parece oportuno; de antemano postulo que se trata de un hábito adquirido, pero esto no afecta en nada mi argumento, pues he asumido que el guanaco — una de las más sagaces especies de vertebrados — empezó por adquirir la costumbre de buscar un recordado asilo, y que dicha costumbre era como el modelo en arcilla del perfecto e indestructible instinto que se formó después.

Una tarde de verano en que yo salía, vi a un caballo de los del establecimiento con la cabeza apoyada contra el portón; estaba sin montura y no tenía riendas, me acerqué, le golpeé la nariz; y le pregunté a un paisano viejo que estaba por ahí, el sentido de ese acto. "Creo que se muere — me contestó, — los caballos vienen a morirse a las casas". A la mañana siguiente el pobre animal *fué encontrado muerto como a* veinte metros del alambrado, aunque cuando me le acerqué en la tarde precedente no tenía aspecto de enfermo.

Al verlo muerto, recordé las palabras del gaucho y me pareció tan maravilloso e inexplicable que un caballo pudiera hacer semejante cosa, como si una fiera viniera a exhalar su último suspiro a la puerta de su enemigo constante. Ahora comprendo que las sensaciones de la enfermedad les recuerdan a los caballos criollos las penas, tan a menudo experimentadas, del hambre, de la fatiga y de la sed, combinados con la opresión de la pesada montura o recado, con su monstruosa cincha apretada hasta hundirse en el cuero y privar al animal de cómoda respiración. El dolorido animal recuerda como al fin vino el alivio cuando las doce o quince horas de tortura cesaron; el enorme trabajo y la necesidad, y como luego le quitaron el freno y la pesada montura y tuvo libertad, pudo comer, beber y descansar. Junto a la puerta de su amo había sentido el repentino alivio, y allí se suele dirigir en la enfermedad, el temor dominado por el sufrimiento, para buscarlo de nuevo.

Discutiendo este punto con un amigo — hombre de espíritu y gran conocedor de caballos, — éste me dió una explicación di*ferente y que él cree más pro*bable, sobre la acción del caballo a venir a morir a las casas. Es ésta: el animal moribundo o enfermo se aleja instintivamente de sus compañeros — una acción defensiva propia del individuo — en oposición al conocido del animal sano que llama a la tropilla entera para perseguir al enfermo, destruyendo así sus posibilidades de mejoría. Al animal sufriente no le basta con dejar a sus com*pañeros: quiere hallar un rin*cón solitario donde éstos no lo puedan alcanzar.

Pero en las pampas pastoriles, donde son tan visibles los caballos en el terreno liso, sin árboles, no hay ningún escondite. En ese trance, el animal picado por el miedo busca el lugar que siempre han tenido todos.

Otro hecho referente al bárbaro trato del caballo pampeano y que parece fortalecer mi teoría, queda por mencionar.

No es cosa fuera de lo común que un caballo que se ha escapado con montura y con riendas, acabe por volver a las casas; en ese caso es evidente que el animal vuelve en busca de alivio. La acción del caballo que vuelve al patrón, de quien siempre ha huído, para ser despojado de la montura y del freno, es indudablemente más inteli-



gente que la del caballo moribundo volviendo para que le alivien los males; pero el motivo es idéntico en ambos casos. En el portón es donde los únicos dolores del animal se han originado y es también allí donde tuvieron fin; y cuando el impulso de algún nuevo sufrimiento *lo aflige* tanto como el anterior, ahí es donde va.

Volvamos al guanaco. Después de retraer el instinto hasta sus poéticos orígenes, la costumbre adquirida por el animal de buscar refugio en un sitio determinado, conviene especular un poco más sobre la naturaleza de ese peligro.

Si la raza del guanaco es antigua sobre la tierra como los naturalistas suponen, debemos creer que ha sobrevivido no solamente a un variado número de mamíferos, sino que ha soportado muchos cambios en condiciones de vida. Digamos, pues, que en un lejano período, una transformación se operó en el clima de la Patagonia, que fué *haciéndose más frío debido a* alguna causa que afectaba únicamente a ese trozo de la región antártica; por ejemplo, una vasta acumulación de montañas de hielo en la costa norte del continente antártico que aumentó con los siglos hasta bloquear una considerable parte del mar. Si el cambio fué gradual y la nieve se hizo más profunda y duró más cada invierno, un animal inteligente, gregario y excesivamente fuerte y activo como el guanaco, capaz de alimentarse de las fibras leñosas más secas, podría soportar el cambio adquiriendo nuevas costumbres para afrontar el nuevo peligro. Uno de ellos sería que, a la proximidad de las nieves hondas y de los fríos mortales, la tropilla entera se congregara en ciertos parajes de los valles de los ríos, donde la vegetación es más densa y es posible hallar alimento, mientras la nieve cubre los alrededores.

Se entiende que los guanacos elegirían ciertas localidades que son utilizadas ahora como sitios de muerte. Allí estarían al abrigo de los pamperos; la corteza de los árboles y las ramitas serían su alimento, el calor de todos los animales reunidos serviría para derretir en parte la nieve y les impediría aterirse, mientras el enmarañado ramaje formaba encima como un techo de nieve, hasta que la primavera los libertaba.

Es digno de mención que sólo en el confín austral de la Patagonia hay cementerios de guanacos. Esto no sucede en el Norte, ni en los Andes bolivianos ni en el Perú.

Guillermo E. Hudson

ILUSTRACION DE RECHAI

Biografía de un Empleado

HACE tiempo que cayó en mi la idea de este temor como una semilla en la tierra oscura del entendimiento. Lo medité en la tranquila angustia de un hospital mientras llegaban hasta mi los alegres gritos de los estudiantes y los apagados lamentos de los pacientes. Comencé a acarrearle palabras como quien echa leña al fuego para avivarlo, en una estación de ferrocarril, entre el bramido de las locomotoras que tienen nombres como Huracán, el traqueteo de los trenes, el pregón de los vendedores ambulantes y el grito de la desesperada alegría con que los niños contemplan el paso del tren. En el hospital, contab[illegible] las piezas de gasa y verificaba si el proveedor había cobrado por las papas más que la vez anterior mientras un doméstico zorzal desgranaba su canto en un pino sombrío. Tenía yo veinticinco años y la incómoda y pertinaz juventud espoleaba con sus urgencias la vasta angustia y los secretos deseos. Una soledad baldía de pensamientos, esa actitud pensativa del que no piensa, era mi actitud habitual. ¡Qué mal empleado era yo! Un tomo de Spengler, el valetudinario Savonarola [illegible] harta frecuencia al libro de entradas y salidas de materiales. Amaba en esa época la caligrafía de la idea, un pequeño escolio de Spinoza, una proposición de Kant, una meditación de Pascal, una confesión de San Agustín me abismaban en la incertidumbre y me extraviaban en una senda humilde, convencido de que el gran camino no llevaría *a ningún íntimo lugar. Comencé a estudiar medicina, por la que* sentía una vivísima curiosidad. Pero Testut fué vencido por Nietzsche. Igual cosa acontecería con las ciencias jurídicas; a mí como a Heine me pareció el Derecho Romano la institución más tremenda que hayan inventado los hombres. Había jurado a mi madre no tomar entre mis manos ningún libro que no fuera de medicina. Todavía recuerdo el episodio. Iba a emprender el viaje trascendental que todo estudiante pobre realiza con ansiedad para iniciar sus estudios universitarios. Tomó mi diestra entre sus manos sarmentosas para decirme: "Está bien que te gusten las [illegible] gran sentido puso en el término novela! — pero júrame que leerás únicamente lo referente a tu carrera." Yo le prometí solemnemente. Pero aconteció lo inesperado. Tocóme de compañero de hospital un muchacho que estaba a punto de terminar su carrera. Una tarde yo estudiaba la inserción de los músculos del deltoide en un grueso tomo de anatomía cuando él se puso a leer en voz alta y tono cadencioso el "Así hablaba Zaratustra". Dejé de lado mi Testut y díme en escucharle. Desde entonces leímos juntos por mucho tiempo. Este muchacho era positivista; amaba a Spencer y creía en Augusto Comte. Los médicos no conocen otra filosofía, son los *fanáticos* de la investigación, los idólatras de las teorías y los santones del *progreso indefinido. Desfilaron entonces* los tomos de la biblioteca Sempere, esos volúmenes que tienen el retrato en óvalo del autor en la parte superior de la tapa. Fuimos así krausistas, maeterlinckianos, románticos, novecentistas, realistas, católicos y socialistas. Pero un día mi compañero se volvió loco; un delirio erótico había hecho presa de él. Hablaba de fantásticas bacanales en las que yo intervenía como cómplice. Su madre vino a contármelo indignada. "Esto es consecuencia de los libros que usted le ha hecho leer", me reprochó. Un gran terror se apoderó de mí. ¿Estaría loco yo también? No dormía, andaba por las calles a deshoras, vivía en una ausencia absoluta de lo que me rodeaba, creía escuchar voces y sufría alucinaciones.

Nadie ha hablado del infierno que es la juventud. Todos han colaborado en el falso prestigio de su maravilla. Pasiones, deseos, hambre, sed, pobreza. *Esperanza angustiada* que se abraza al silencio. Una tarde, recuerdo, acosado por temores sin nombre, no pude soportar más mi soledad y grité: "¡Dios mío ¡será posible que esto sea la juventud!" No sabemos hacia donde vamos ni lo que queremos. El amor es entonces una brasa sobre el corazón. Oh terrible recuerdo de la juventud, desierto poblado de oasis a los que jamás puede llegarse. Así pasé muchos años. Tenía dos amigos fieles, un cedro y un banco. Los buscaba de noche y de tarde



y ellos escuchaban atentamente mis discursos. Hubiera preferido que como Hamlet se me apareciese un fantasma para conversar con él. Pero nada; todos los mundos me habían abandonado. Cierta vez pasó el amor junto a mí. No recuerdo ni sus palabras ni su semblante. Sólo puedo evocar una mirada de lago y un andar de pantera. Era fría, calculadora, inteligente, perversa; era irlandesa. Tenía unas maravillosas piernas largas y su paso era avasallador. No recuerdo ahora cómo la conocí.

Usted es un animal que ha pasado muchas necesidades, me dijo la noche en que yo le miraba las piernas como ma[illegible]do. Sonreí y ella se quedó mirando mis dientes blancos. Hablamos de todo y terminó pidiéndome un libro sobre amor para leer en el viaje en tren que hacía dos veces a la semana para jugar al golf. La proposición me pareció un poco cursi y rara. Yo en cuestiones de amor era poco tierno. Después de todo una irlandesa que habla de amor pone el mismo egoísmo que un Ruskin hablando de pintura. Le mandé el libro de Stendhal para que lo leyera. Reaccionó como si le hubiera puesto un hierro ardiendo en una llaga. Me devolvió el libro con una carta llena de emocionantes insultos. Lo más agradable que decía era que ella no había pedido un libro con fórmulas de aperitivos y que en todo caso más eficaz era la cantárida o la cocaína.

Pasado el tiempo, me mandó buscar en su coche; la orden era terminante; más que un pedido de mujer parecía una conminación del juez del crimen. Pedí un traje a un amigo mío y me acicalé lo mejor que pude.

—Lo he mandado llamar, me dijo, porque yo no soy una persona a quien se pueda insultar impunemente.

Su vestido a tablones, su blusa roja y rusa bien ajustada la hacían aparecer como un abogado o un fiscal.

—Yo no la he insultado: a usted la ha perdido su propia ignorancia, le dije.

Una figulina de loza voló por los aires; unos gritos anunciaron la aproximación de la tormenta. Comprendí que había llegado el momento de retirarme. De pronto, un impulso extraño me arrastró hacia ella, la estreché en un abrazo y un beso profundo la domesticó sexualmente. Las figuri*llas de losa estuvieron desde en*tonces más seguras.

Mi realidad era tan baldía que los sueños, aun en la atenta vigilia, invadían el territorio vedado de la conciencia. No sabía dirimir cuándo había soñado y cuándo había sentido. Mi cuarto de estudiante tenía una ventana cubierta por una alta persiana que daba hacia el jardín de las monjas. Sutiles, crueles, resignadas, humildes, rencorosas hacían pagar a los enfermos los reveses que la vida les había deparado a ellas. Se [illegible] en las tardes calurosas a tejer medias en el patio. La más vieja, la Madre Superiora, dirigía la conversación. Yo las escuchaba por tras la persiana. Se reían, se hacían cosquillas, se decían chascarrillos. Tenían un jardín, una mistificación de jardín donde las flores — sin olor — parecían p[illegible] el calor que [illegible]taban. Una monjita provinciana, trastornada por la aristocracia de ser monja, las rociaba con una pequeña regadera. Al atardecer iban en doble fila a rezar a la capilla.

Hacía varias noches que yo soñaba lo mismo. Creía oír una [illegible] voces de mujeres. Yo veía una gran iglesia; *los vitrales traspasados por rayos me*tálicos en el filo de los cuales estaba sentado un ángel, los frescos de la media naranja parecían elevarse, hasta confundirse con los cielos. La música iba y venía, a veces un olor a incienso confundíase con la música. De pronto se oía el ágil tintineo de una campanilla de plata y un cáliz enorme, refulgente, radiante se elevaba por en[illegible] del altar mayor. Y la música se entalzaba y crecía en un himno de amor a Cristo. Me imagino que sonreiría contemplando todo esto. Esto de soñar varias veces la misma cosa me pareció anormal, consulté a un médico quien estuvo a punto de escribir un trabajo que enviaría a un congreso, sobre mi caso. Pero un día me desperté antes de la madrugada y entonces comprendí que no estaba soñando. Aquella música sonaba muy cerca mío y yo la escuchaba con mis oídos y no con mi ensueño. Las monjas se levantaban muy temprano a rezar sus oraciones y terminaban su saludo a Di[illegible] son del armonio. [illegible] del sueño hacia la vigilia y de la vigilia hacia el sueño dábanme a mí una profunda emoción de vida aventurada. Canciones tristes escuchadas como el recuerdo, narraciones sabidas con el recuerdo, imágenes dolientes que agrandan nuestras miradas, paisajes jamás vistos que de pronto son nuestros y no sabemos cómo. No sabemos dónde. Atardeceres que ya no emocionan porque no nos importa el acabar de las cosas, aletean adioses, barcos perdidos en la bruma, vagas sombras, almas, muchas almas que pasan junto a nosotros y nos llenan de sabiduría sin que sepamos cómo ni por qué. Podemos entender muchas más cosas en los sueños, que en la vigilia. Pero es necesario estar emocionado, comprender el lenguaje de todo lo que pasa junto a nosotros. No confundamos los destinos con una sombra ni veamos en una mano temblorosa la acogida cordial del silencio que espera, que piensa y que es paternal sombra de nuestro porvenir de sabiduría. Yo supe de los sueños antes de conocer la realidad, vi caminos que jamás pude recorrer, aguas claras, lagos profundos de los sueños. Yo tuve todo eso en mi alma antes de tener nada en mi mano. Ese tesoro fué mío, yo lo derroché como mío, nadie podía tocarlo, porque solamente existía cuando soñaba con él. Los sentimientos y los sueños — me decía — son propios de las almas mediocres, de las pobres almas que no saben dominar. Yo amo solamente la pasión y la violencia, lo que consume o lo que liberta y no lo que esclaviza. Las pobres almas tendidas al destino. Y todo es superior al destino. Y, después, el infierno de la juventud. *Salir de los sueños para entrar* en el infierno de la juventud. Este afán de soñar de verdad me llevó a buscar una permanencia en ellos mismos, una ambición de mí mismo, de mi yo personal. Entonces busqué los estupefacientes. La morfina, el cloroformo, el opio, el pantopón, el éter. Cada uno de éstos fué mi amigo. Pero conocí sus secretos inmediatamente; después no pudieron ya interesarme. De todos, el cloroformo fué el más amistoso. Su espíritu parecía un viejo dios barbudo y amable. Era de alta estatura y llegaba hasta mí, vestido de blanco. Primero me palpaba. Después, cuando me veía bien embebido en el sueño, me extraía el alma y se la llevaba a pasear. Cruzábamos caminos bordeados de pinos pequeños, lomas domésticas cubiertas de floridos naranjos, represas alegres y rumorosas. Paisajes estilizados como esas estampas japonesas límpidas y finas. Los más suaves rumores daban vida a toda esa realidad; un canto apenas perceptible se mezclaba al perfume de las flores y se alejaba rebotando en ese momento dulce y suave como el sabor de una manzana. No había pájaros. ¿Por qué no había pájaros? En los sueños nunca los hay. De pronto mi alma se cansaba y sentía nostalgia de mi cuerpo. Se oían y no podían responderse. ¿Volverá?, se preguntaba en medio de su letargo. ¿Volveré?, se interrogaba el alma en medio de sus andanzas. Y entonces apoderábase del alma una angustia enloquecedora. ¿Cómo reconocer el camino cuando el espíritu no necesita camino? Pero el genio del cloroformo era un humorista. Me conducía — ¿a mí o a mi alma? — hasta lo alto de la montaña que se tajaba a pique en abismo por un lado. Me tomaba entre sus brazos — ¿a mí y a mi alma? — y luego me arrojaba con violencia hacia el precipicio — ¿a mí o a mi alma? —. Pero el *genio del cloroformo, además de* ser humorista, posee poderes sobrenaturales. Nadie sabe el terrible placer de ser arrojado desde gran altura; parece que fuéramos disolviéndonos en el aire. Y el genio al verme caer se apiadaba de mí y me dejaba suspendido en medio del espacio. Un grito, ¿quién lanzaba aquel grito? ¿yo?, ¿el espacio?, quebraba el silencio. Y me llevaba hasta donde estaba y me volvía a arrojar en el abismo y me volvía a suspender en el espacio. Cuando juzgaba que este juego podía terminar conmigo sin haber yo muerto, me recogía como un harapo y me metía en mi cuerpo. El agrio cansancio de volver de la nada se apoderaba de mí cuando despertaba.

La piedra tiene conciencia; lo supe eso tomando morfina. Esa conciencia espantosa con que un árbol se transforma en piedra. *Hay gritos dolorosos* que no se oyen nunca ¡pero que son profundos, eternos, desgarradores! Acaso no es un lamento eterno el agua que se mueve, que se inmoviliza, que se desgarra en catarata, que canta, que brama, que gime, que solloza. Himno numeroso disuelto de silencio. Pero, qué sabemos del grito horrendo y mineralizado que es la piedra? Yo he sentido la piedra, ese grito eterno, geológico de la piedra. Pero no está bien volverse piedra. Y, sin embargo, yo lo fuí intensamente, lo primero que se endurece es el corazón, después son los ojos, y por último, los pies. Luego viene la eternidad que no es más que inmovilidad. No se puede ser un grito fracasado; y la piedra es un grito de la naturaleza, un prisionero de la inmovilidad, un esclavo de la muerte de la materia, la conciencia de estos muertos, que es la conciencia más atroz, más infernal que pueda uno imaginarse. La morfina me petrificaba; nada de euforias, *nada de alegrías,* nada de impulsos ultraespirituales. La morfina no pudo ser amiga mía. Yo soy superior a una piedra.

Pablo Rojas Paz

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

EL GRAN CAUDILLO ZAPATA, por Blanca Luz Brum

ILUSTRACION DE ROJAS

ANTES de la revolución, Zapata fué un "caporal". Domaba los caballos de la aristocrática familia de don Ignacio de la Torre, riquísimo latifundista mejicano y dueño del Estado nativo de Zapata, el Estado de Morelos.

Emiliano Zapata fué el primer hombre que enarboló en Méjico la bandera del "agrarismo", exigiendo la devolución a los pueblos de sus tradicionales "ejidos". Así se llaman en Méjico a las tierras comunales pertenecientes desde tiempos inmemoriales a las poblaciones campesinas, y las cuales les fueron arrebatadas por todos los medios para agrandar los interminables latifundios de los señores hacendados.

Zapata era un hombre inculto. Apenas sabía leer y escribir; pero era dueño de un admirable talento natural y de una profunda convicción revolucionaria.

No tenía el genio militar de Villa, el dinamismo diabólico del cruel guerrillero del Norte, pero su tenacidad era inaudita. Zapata no tuvo nunca brillantes victorias militares. No aventuró jamás su causa con alucinadas ofensivas. Zapata fué siempre sobrio y medido en su táctica, que consistía siempre en moverse en regiones inexpugnables. Y el paisaje de Morelos, volcánico, agrietado y espinoso, sirvió de cuadro principal a sus campañas.

Zapata hablaba a las masas mejicanas en su propio lenguaje y desde su propia realidad. Su lenguaje tenía ese romántico y subversivo sabor que tenía el que usaban los gauchos en las épocas de las montoneras. El sabía hacer que sus palabras llevaran su pensamiento hasta los más lejanos rincones de las sierras de Méjico.

Zapata extendía su propaganda con extensas cartas escritas en terrible ortografía y aun más terrible caligrafía, pero de una belleza lírica maravillosa y de una ardorosa vehemencia revolucionaria. Yo pude leer algunas que posee el general Triana, antiguo soldado de Zapata y más tarde candidato comunista a la Presidencia de la República. En ellas hace comentarios de sabiduría instintiva, pero profunda.

Refiriéndose a la revolución rusa, nos muestra el sentido universal de su pensamiento político: "No estoy luchando solamente por mis indios de Méjico, sino por los campesinos del mundo entero"... En algunas manifiesta estar orgulloso de saber que el grito lanzado por sus hombres desde la Sierra del Gilguero en 1909 exigiendo "tierra y libertad" había repercutido hasta "las Rusias", y pregunta cómo hacer para enviar "un propio" (hombre a caballo) al "ejército libertador" de aquel lejano país, pues era necesario "que todos los campesinos del mundo obraran de acuerdo".

Zapata combatía, hablaba y escribía con igual fervor.

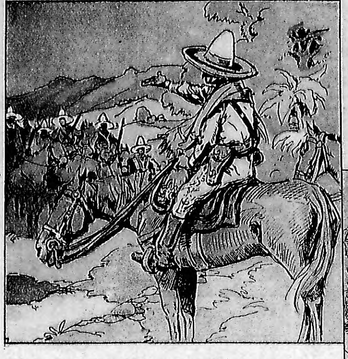
Como todos los grandes revolucionarios, Zapata fué acosado por fuerzas corruptoras. El presidente Madero, caudillo de la primera revolución mejicana, abofeteó antes que nadie su pureza revolucionaria. Pretendía hacer que Zapata depusiera las armas y espera pacíficamente que la conquista de la tierra se obtuviera por medios legales. Zapata tenía un gran cariño personal por el "apóstol" Madero, entonces ídolo popular de Méjico, pero sus palabras mezquinas le derrumbaron el corazón del indomable combatiente. "Se le daría una hacienda riquísima en el Estado de Veracruz a cambio del desarme y desmovilización de su ejército". Se le pedía que entregara a sus hombres. Se le pedía que las cosas volvieran al estado de antes; es decir, se le pedía que las tierras de los pueblos siguieran en poder de los expropiadores criollos y "gachupines" y que éstos siguieran cotizando las vidas de sus peones a cinco pesos por cabeza... Zapata no dijo nada; sin alterarse lo más mínimo, oyó la cruel proposición; pero en la noche de ese mismo día abandonó precipitadamente y por caminos ocultos la capital de la República, para volver a su Sierra del Gilguero, y desde donde había de levantar nuevamente con más fuerza aún el incendio de la revolución campesina mejicana.

Y los trovadores populares respondieron a la brava actitud de Zapata iluminando la flor de sus corridos:

"Dicen que me han de borrar
la vereda por donde ando;
la vida me quitarán,
pero la vereda, ¡cuándo!
. . . .

Dijo Emiliano Zapata
en las montañas sureñas:
nada de limosna al pueblo.
¡Hay que dar toda la tierra!"
. . . .

Zapata fué perseguido despiadadamente por las mejores tropas del general don Porfirio Díaz. Los generales que las comandaban habían hecho sus cursos militares en Alemania y Francia. Eran alumnos distinguidos de la escuela de San Cir. Perteneciendo a las aristocráticas familias criollas del país, ponían un celo particular en la empresa: "Los bandidos zapatistas pretendían robarles sus tierras..." El mundo no conoce la bestial carnicería que estos distinguidos militares de sangre aristocrática llevaron a cabo en el Estado de Morelos. Acorralaban pueblos enteros, asesinando a todos sus habitantes por considerarlos unánimemente simpatizantes de la causa agraria. De la violencia sin ejemplo usada por el gobierno de Méjico en esta campaña parte, como consecuencia lógica, el carácter extraordinariamente sangriento que había de tener más tarde la revolución entera en ese país: La violencia engendra la violencia... y el primero que la usa es el responsable... Los bravos estrategas del "invencible" ejército federal mejicano fracasaron en su intento, y Zapata llegó triunfante hasta la capital de la República, y la "ciudad de los palacios" vió indignada desfilar por sus calles al ejército de los campesinos indios con sus inmensos y agresivos sombreros y los torsos retocados de balas. Hasta los sótanos de las mansiones aristocráticas penetró el sonido bestial de las trompetas de cuerno zapatistas.



Pero la tierra todavía no estaba conquistada. Había que volver a las sierras nuevamente a pelearlas pecho a pecho contra los soldados federales del nuevo gobierno, que no había disuelto al ejército porfiriano. Cuando la política de corrupción empleada por Madero no tuvo éxito, se usó nuevamente de la fuerza. El general Truci Aubert, de abolengo galo, fué enviado a combatir al rebelde. Las escenas de terror se repitieron... pero los valientes campesinos de Morelos resistieron heroicamente, y la nueva intentona de represión fué un nuevo fracaso. Emiliano Zapata y sus soldados consiguieron arrojar a los invasores invadiendo a su vez los lugares estratégicos del gobierno en las proximidades mismas de la capital de la República. La bravura zapatista extendió el fuego de la revolución campesina más allá de los límites del Estado de Morelos, y la lucha por la tierra tomó caracteres nacionales. La Sierra del Gilguero fué el cuartel general de una campaña destinada a obtener la devolución de los "ejidos" a sus comunes dueños: los pueblos.

Nuevamente desfilaron las tropas zapatistas por la capital de la República, haciendo temblar de terror a la aristocracia latifundista. Entonces no llegaron solos: por las mismas calles desfilaron los macabros "dorados" de Villa y los "rieleros" del general Fierros. También cruzaron por las calles los "colorados" de Maclovio Herrera y los "sombrerudos" de Lucio Blanco. Francisco Villa, Canuto Reyes, Urbina, Chao, ocuparon con Zapata, "el tuerto Morales" Otilio Montaño, los sillones presidenciales y se hicieron retratar en ellos. (Consta la fotografía histórica). Los ejércitos libertadores del Norte y del Sur habían establecido contacto en la propia capital de la República, ciudadela invencible durante más de treinta años...; pero el descubrimiento por parte de Zapata de que el villismo carecía de programa concreto sobre la tierra, limitándose a simples alardes demagógicos, y conociendo los turbios procedimientos del guerrillero del Norte, que precedería seguramente deshacerse de él y de su lucha en las propias calles de la ciudad de Méjico, lo obligó a salir nuevamente con precipitación a sus tradicionales refugios militares, para insistir desde ahí, tenazmente, en favor de su programa.



El villismo, aliado condicional del zapatismo, fué desangrado seriamente en las batallas de Celaya y Trinidad. El genio militar del jefe de la división del Norte fué quebrado por la táctica yanqui del general Obregón, y el carrancismo triunfante intentó también el desarme del ejército suriano mandado por Emiliano Zapata. La respuesta del caudillo campesino fué terminante: "Entréguense las tierras a los pueblos, y desmovilizaré mi ejército". El carrancismo no aceptó la condición, e incendió nuevamente la guerra. Zapata contestó con igual energía, y consiguió desalojar varias veces a las tropas carrancistas de sus regiones estratégicas. El gobierno comprendió que Zapata era militarmente invencible, y, cansado de perseguirle de frente, le buscó la espalda. El coronel carrancista Jesús Guajardo, jefe de un sector de las operaciones militares en el Estado de Morelos, escribió al caudillo largas cartas, apareciendo en ellas como ganado por la causa agrarista. "Quería servirla, y demostrar su lealtad, del modo que Zapata se lo pidiera..." Aseguraba en ellas que todos sus hombres lo seguirían. Hasta que al fin Zapata escuchó y cedió, convencido de la sinceridad de Guajardo. Solamente exigía una cosa; era una condición seria y definitiva: el coronel Guajardo demostraría su adhesión a la causa campesina atacando de inmediato la población de Yautepec, Estado de Morelos, ocupada en ese momento por poderoso destacamento federal. Y el coronel Guajardo no puso ningún obstáculo, y aquello fué la más evidente prueba de lealtad para los agraristas... En efecto, en la tarde de ese mismo día, Guajardo y sus hombres se echaron sobre Yautepec en una refriega sangrienta en la que fué totalmente aniquilada la escolta federal y reducido a su tercera parte el batallón del coronel Guajardo. Habiendo tomado ya en su poder el pueblo de Yautepec, el coronel Guajardo mandó informar al general Zapata de la hazaña, e invitábale a concurrir en persona a la plaza conquistada. Entonces al general campesino no le quedaba ya la menor duda; para ello estaba fresca aun la sangre de tantos hombres: el enemigo había sido desbaratado por su lado más fuerte. Además, ¿podía el indio noble imaginarse semejante traición? .. Y fué así cómo, acompañado tan sólo por su estado mayor, se presentó, casi al caer la noche de ese día, a participar en aquel patético escenario en donde actuaba la traición y la sangre...

Entre las casas destruídas, por sobre las cercas tumbadas, situó Guajardo a 20 de sus mejores tiradores — no necesitaba más —. Y desde la entrada del pueblo le lanzó una descarga cerrada que le quitó la vida al valiente general indio junto con su estado mayor.

Aniversario de Emiliano Zapata. Cuautla. Lugar de su nacimiento y de donde se fué a la revolución con el grito de "Tierra y Libertad". Una bandera morada y una calavera blanca en el centro.

La memoria de Zapata es cada día más romántica y se pierde en el aire de las montañas del Sur.

Sin embargo, todos los pueblos que rodean al famoso Estado de Morelos siguen empobrecidos y miserables, tal como los dejaron las cruzadas libertadoras de los "bandidos zapatistas".

No hay hombre de 50 años que olvide la cara de Emiliano Zapata. Los que fueron con él tienen todavía la cara impresionada con el resplandor de aquel tiempo. Y las viejas y los viejos que fueron ricos, cuentan a uno el paso de aquella bárbara caravana que pelaba a los pueblos hasta dejarlos sin lumbre por varios meses: "guardábamos la lumbre noche y día bajo la tierra para que se conservara".

Y en este histórico Taxco existe, más que en ningún otro pueblo, un rencor inmortal por Zapata: "los divisábamos desde el Chimborro cuando los miles de bandidos bajaban por la montaña rumbo a Taxco"...

Los viejos enterraban el oro, y el templo se llenaba de súplicas inútilmente...

La marcha viril de los revolucionarios se venía encima desde los más remotos y terribles caminos de las montañas.

Los bravos guerrilleros zapatistas, campesinos enjutos y fuertes, con las balas decorándoles el cuerpo, con los sombreros más grandes del mundo y en un brazo las ágiles carabinas con las que pedían la tierra.

A Emiliano Zapata le toca un aire de leyenda sangrienta... Pero, ¿qué fué Zapata comparado con otros generales de la revolución mejicana, cuyas "hazañas" se disimulan con cautelosa política?

Emiliano Zapata fué el más auténtico revolucionario de su época. Su lucha, su valor, su tenacidad, estaban parados sobre una idea de positiva justicia social: Toda la tierra para los pobres, sin amos y sin capataces.

EL TANQUE DE GUERRA

LOS norteamericanos poseen y manejan más máquinas de toda clase, desde excavadoras hasta encendedores automáticos, que los hombres de cualquier otra nación, y son notoriamente los primeros en su entusiasmo por los automóviles. Es extraño que gente tan mentalmente mecanizada no esté asimismo al frente de la mecanización de las fuerzas militares. Pero, para demostrar que el ejército de los Estados Unidos no sigue a este respecto las inclinaciones nacionales, bastaría con referirse a las publicaciones de índole militar que se editan en la Unión. Durante los años últimos, casi todos los números de esas publicaciones traen uno o más artículos acerca de las nuevas máquinas militares de tierra, pero en la mayoría de los casos esos artículos se limitan a describir, simplemente, los equipos o experimentos realizados en cualquier otro país, generalmente Gran Bretaña.

Recientemente, la cuestión de la militarización mecánica ha sido planteada en todos sus términos en la Conferencia para el desarme celebrada en Ginebra, con la proposición de los delegados norteamericanos para que los tanques, a igual que otras armas que se suponen especialmente adaptadas para tácticas de ofensiva, fueran abolidas por un acuerdo internacional. Esto hace que sea hora de que se considere brevemente la historia del tanque, sus características presentes, las posibilidades de un ulterior desarrollo y su probable influencia en el arte y práctica de la guerra.

Las ideas que lo respaldan son harto simples. Las carrozas eran cosa antigua en los días faraónicos. Que un espesor suficiente del acero detendría una bala, era obvio hace muchos años. Los tractores de arados que podían atravesar terrenos difíciles, se conocen desde comienzos de siglo, y fueron puestos a prueba por los ejércitos. Pero en el invierno de 1914, cuando los soldados del Norte de Francia se debatían y morían entre el lodo, mientras sus jefes trataban de hallar una técnica ofensiva que les permitiera sobreponerse al terrible poder defensivo de las ametralladoras y los alambrados de púas, hubo sólo dos o tres hombres entre las naciones beligerantes que sintetizaron estas ideas tan simples en el plan de construcción de un vehículo blindado para cruzar campos, movido por un motor de combustión interna y armado para la acción ofensiva.

El hombre que más claramente planeó esa máquina y describió la forma en que debía emplearse en la lucha, fué el mayor general E. D. Swinton, del cuerpo de los British Royal Engineers. Este militar es lo que los ingleses llaman un "muchacho leído": solía escribir relatos breves acerca de la guerra y sobre temas científicos, cosa que hacía admirablemente bajo el pseudónimo de Ole Luk-Oie. A eso de octubre de 1914, desenvolvió su concepto sobre la máquina que debió conocerse con el nombre de tanque, y presentó sus puntos de vista a personas que estaban en el gobierno. Estos llegaron a conocimiento de Winston Churchill, que se apoderó ávidamente de la idea. Fué debido a su ayuda que se fabricaron tanques para el ejército británico a mediados de 1916. Esta es una de sus pocas actividades que han logrado escapar a las críticas generales que se le hacen.

También se debe al general Swinton el nombre que llevan. En diciembre de 1915, cuando la construcción de los primeros modelos estaba bien adelantada, hubo que inventar un nombre para esas máquinas, que permitiera referirse a ellas en la correspondencia sin que ello delatara el secreto. Hasta ese momento eran llamados naves de tierra o arados "destroyers" ametralladoras. Como esos vehículos blindados sugerían en cierta forma grandes calderas, se les ocurrió denominarlos "tanques". El nombre resultaba tan conveniente, que le quedó para siempre, incorporándose al idioma de casi todos los países. Los franceses, cuando fabricaron los primeros tanques de guerra, en 1917, le dieron el nombre de "chars d'assaut", o, desde el momento que quedaban incorporados a la artillería, se les llamaba "artillerie lourde d'assaut". Los alemanes, con ese don que tienen para la tersa nomenclatura, los bautizaron "panzerkraftwagen". Pero, tanto en el ejército francés como en el alemán, encontraron que la denominación inglesa era de más fácil uso, y a pesar de las incitaciones de patriotismo filológico, no dejaron de usarla.

II

Los partidarios del tanque afirman que cuando se contó con ellos en número suficiente, y cuando se emplearon tácticas adecuadas a sus características, se lograron grandes victorias a poco costo. Los grandes días del tanque fueron los de noviembre 20 de 1917, en Cambrai; julio 18 de 1918, al Oeste del saliente de Soissons; agosto 8 de 1918, ante Amiens. En todas estas batallas, fueron rotas las líneas alemanas en un amplio frente y se consiguió una fuerte penetración. Muchos de los enemigos perecieron en esos encuentros y se tomaron muchos prisioneros con insignificantes bajas para los atacantes. El resultado de estos combates, comparado con baños de sangre como los de Artois, 1915, Verdur y Somme, 1916 e Ypres, 1917, cuando la infantería atacante luchó en medio del lodo durante meses para conseguir, a un precio diez veces mayor en bajas, el mismo avance conseguido en un solo día en las batallas con tanques, demuestra la eficacia de éstos.

Pero aquellos que se muestran escépticos sobre el valor del tanque, señalan el hecho de que no pudo en muchas ocasiones conseguir la victoria. Llaman la atención acerca del hecho de que después del primer día de lucha con tanques, prácticamente, todos esos aparatos quedaron fuera de combate, tanto debido a la acción de la metralla enemiga como a defectos mecánicos, y que por lo tanto, se producía un alto en el avance. Además, dicen, en Cambrái, se produjo un contraataque del enemigo sin tanques, que reconquistó la mayor parte del terreno perdido. Nos aseguran que en las etapas finales de la gran ofensiva aliada, en las que casi no se emplearon tanques, se obtuvieron victorias mucho mayores. Ellos sostienen que la desmoralización afectó la capacidad de lucha de los alemanes, cuando, en 1918, los tanques irrumpieron a través de mal organizadas trincheras que eran la línea de demarcación para el avance enemigo, expresando la opinión de que la infantería, en posesión de un arma razonable contra los tanques, hubiera anulado todos los ataques de estas máquinas, como se anularon, en realidad, los ataques de infantería y artillería. Más aún, ponen de relieve el hecho de que los alemanes obtuvieron la victoria en grandes, y casi decisivas batallas en la primavera de 1918, prácticamente sin ayuda de tanques.



Desde 1918, el tanque ha sido perfeccionado en muchos aspectos. Se ha adelantado al respecto en grado comparable a lo alcanzado en materia de modelos de automóviles comunes, en los quince años iniciales de nuestro siglo.

Todo el mundo ha visto fotos o vistas cinematográficas de los tanques de guerra, por lo cual no voy a perder tiempo describiéndolos. Debo decir, empero, que las características del tanque están en su armadura, en su capacidad para salvar obstáculos tales como trincheras, parapetos y pozos producidos por los proyectiles. En general, puede decirse que la armadura de los tanques empleados durante la última guerra, variaba de media a muy poco más de una pulgada de espesor, la mayoría de las cuales resistían casi todas las balas de rifles y ametralladoras de calibre común. Algunas armaduras de los tanques, podían resistir las balas de cañones pequeños (salvo en los casos en que eran disparados a escasa distancia), si los proyectiles los alcanzaban desde arriba. La armadura en los tanques actuales, varía de un cuarto a varias pulgadas de espesor en algunas máquinas experimentales superpesadas. Los tanques ligeros están destinados a resistir las balas de rifles y ametralladoras comunes, y, por lo que parece, hay la intención de construir algunos muy pesados, a prueba de balas de artillería de campaña. Entre estos dos extremos, el objetivo usualmente es el de contar con un tanque a prueba de proyectiles de calibre 300, de cualquier clase que sea.

III

El tanque de la Gran Guerra fué creado para romper las poderosas líneas de defensa establecidas sobre suelo francés que lo cercaban. Por lo tanto, debía ser capaz de atravesar anchas líneas de defensa. Esta finalidad sólo era posible, construyendo tanques largos. Actualmente, la capacidad de cruzar trincheras, es considerada una condición menos importante en la fabricación de tanques destinados a la guerra móvil. Sin embargo, el tanque "standard" común, británico, puede todavía cruzar una abertura de trinchera de seis pies.

Las referencias que señalo hora, consisten en que se ha conseguido un gran adelanto en lo que concierne a la movilidad del tanque. Los tanques empleados durante la guerra, tuvieron corta vida mecánica; era una excepción que alguno de ellos pudiera recorrer cuarenta kilómetros, participando en una acción, sin necesidad de reparaciones. Esos tropiezos mecánicos han sido eliminados, pero aún así, la máquina no parece merecer la confianza que suele inspirar cualquier tractor agrícola. Los que van en ella, deben realizar gran número de reparaciones, en largas marchas, y deben ser acompañados por talleres transportables de reparaciones.

Pero, a pesar de estos inconvenientes, el tanque moderno constituye un poderoso elemento de guerra. Puede salvar en quince o veinte horas la distancia que demanda una semana de marcha a una división de infantería. En la acción, es invulnerable al fuego común de los proyectiles de infantería, y debido a su celeridad, es difícil que pueda servir de blanco a la puntería de la artillería de campaña. Cualquiera con un mínimo de imaginación, comprende que la máquina está destinada a influir profundamente en la táctica y organización de los ejércitos... probablemente en el mismo grado que influyeron en su hora el vapor y las planchas de acero en la marina de guerra.

A despecho de todo esto, actualmente se libra una acre controversia acerca de la actitud a adoptarse para el empleo de los tanques en toda su potencia. La posición del partido modernista, cuyo más alto sacerdote es el mayor general J. F. C. Fuller, del ejército británico, afirma que los proyectiles a emplearse en la contienda, cuando están protegidos por una armadura y son transportados en vehículos movidos a motor, surten mayor efecto que cuando son transportados por hombres o equinos y manejados por hombres que no cuentan con coraza alguna para su protección. Se señala con insistencia que mientras la infantería, tal como actualmente está armada, es sumamente fuerte en la defensiva contra otra infantería, no puede hacer nada contra la ofensiva de aún pocas ametralladoras. Sin embargo, la infantería, de acuerdo con las teorías tácticas más comunes, es el arma que debe acercarse al enemigo y confirmar la victoria.

La conclusión de los modernistas consiste en que con el vehículo blindado se puede tomar la ofensiva, contando con ventajas de movilidad y facilitando las sorpresas (lo que hace aplicable los más importantes principios de la guerra). Por lo tanto, los tanques deben ser reconocidos como elementos decisivos y debe contarse con ellos en el mayor número posible, quedando la infantería relegada al rol auxiliar de guarnecer fortalezas y luchar en regiones montañosas y boscosas, donde los tanques no pueden maniobrar con facilidad.

Sostienen los "fundamentalistas" militares que el tanque no es aún más que un auxiliar de otras armas, particularmente de la infantería. Hacen resaltar que un tanque, operando por sí mismo, se halla en cierta desventaja. Por ejemplo, puede verse detenido por montañas, fangales y bosques que la infantería puede atravesar; no puede despejar una línea enemiga, acampada detrás de un río, sin ayuda de otras armas, y que las fuerzas de tanques, por sí mismas, en su presente estado de desarrollo, no pueden asegurar su propia seguridad, una vez estacionadas, o en destacamentos de reconocimiento, una vez en acción.

¿Cuál es la definición del tanque de guerra? Es un vehículo movido a motor, acondicionado para atravesar terrenos comunes, protegido por planchas de acero y que transporta ametralladoras. Suponiendo que los tanques son así definidos, ellos quedan prohibidos para su empleo en los ejércitos. ¿Sería posible prohibir el desenvolvimiento de tanques "ersatz", disimulados como tractores agrícolas o como vehículos comerciales para cruzar el desierto del Sahara? Y si, finalmente, la Conferencia del Desarme hubiera acordado la prohibición de vehículos acorazados para la guerra, quedaría preparada la escena para innumerables comedias sobre líneas como las siguientes:

Escena — Grandes maniobras en Bulgo-Eslavia en 1936. Un attaché militar extranjero es guiado por un oficial bulgo-eslavo de Estado Mayor.

Un grupo de doce grandes tractores aparecen súbitamente detrás de un bosque, cruzan diferentes campos a una velocidad media de veintitrés kilómetros por hora, deteniéndose en un pequeño valle, cerca de los dos militares.

Attaché militar. — ¡Ah! Aquí veo algo que no he visto hasta ahora. ¿No se opone usted?...

Oficial de Estado Mayor. — Oh, éstos! Son nuevos modelos de cocinas ambulantes de campaña. No creo que lleguen a interesarle mucho.

Attaché militar. — Estoy intensamente interesado en todo lo que concierne a la comodidad de las tropas.

Oficial de Estado Mayor (con tono vacilante). — En ese caso, me agradaría sobremanera...

(Ambos se acercan a las máquinas y el attaché militar las examina detenidamente).

Attaché militar. — Confieso que no descubro dónde se encuentran las hornallas de estas cocinas.

Oficial de Estado Mayor. — No todavía no han sido instaladas. Estas máquinas han sido enviadas con retraso por Schneider, y el aparato interior de cocina será fabricado en el país. Sin embargo, creímos conveniente probar los vehículos sobre el terreno.

Attaché militar. — Por cierto. El motor parece sumamente poderoso..., ciento cincuenta caballos de fuerza, por lo que parece.

Oficial de Estado Mayor. — ¡Oh, nuestros caminos son deplorables! Se requiere una cantidad mayor de caballos de fuerza para efectuar la movilización de estas cocinas:

Attaché militar. — ¿Existe la menor intención de armar estos vehículos? ¿Contra bombardeos aéreos, me refiero? Estas palancas parecen haber sido hechas con ese propósito.

Oficial de Estado Mayor. — ¡Oh, no! Usted debe recordar que las corazas en los vehículos mecánicos han quedado prohibidas por el Tratado de Ginebra. Supongo que las palancas están aquí para sostener lonas que protejan a los cocineros contra las moscas.

Attaché militar. — ¡Já, já! Usted me perdonará, pero se me ha ocurrido la ridícula idea de que con una o dos ametralladoras y una coraza, estas cocinas serían excelentes tanques de guerra.

Oficial de Estado Mayor. — ¡Já, já! Usted es un hombre de verdadero humor. ¡Tanques! Pero su interés por nuestros pobres elementos de guerra me halaga sobremanera. Aparte de esto, he oído decir que en el ejército de su país cuentan con vehículos para transportar municiones de unas características realmente notables...

(En ese momento se imparte una orden y en medio de un estruendo indescriptible, las cocinas ambulantes desaparecen detrás de una colina. Ambos oficiales quedan retorciéndose los bigotes).

Arlington B. Conway

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

El Lento Suicidio de Diocleciano

por
JOSE TUNTAR

Ilustración de
PREMIANI



C UANDO, hacia la mitad del siglo III, después de Jesucristo, nacía en una lejana ciudad dálmata (Iliria) Cayo Valerio Diocleciano, el Imperio romano y Roma parecían marchar hacia un rápido derrumbe.

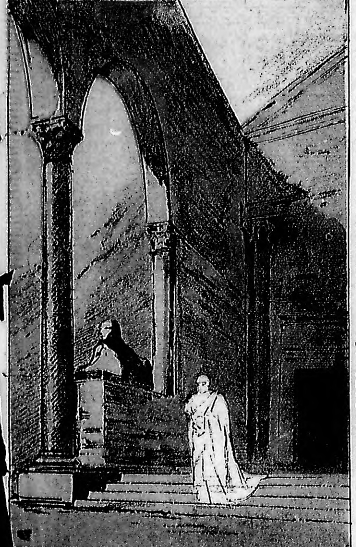
Diocleciano tenía treinta años, cuando esa situación in- ...ble del Imperio pareció encontrar su punto de equi- ... subido al trono Aureliano, que supo tomar ...as las fuerzas del Estado, con ánimo bastante ...rlas y guiarlas. Pero la brevedad de su reinado y ... su sentido político, hicieron su gobierno menos ... hubiera podido ser.

Las brujas gálicas

...o, que como buen provinciano de humilde nacimien- ...endido la carrera militar, la única que podía abrir a un ...rendas físicas y morales un porvenir, había, justamen- ...lido de los grados inferiores, destacándose por sus do- ... Hombre muy reflexivo, taciturno, místico más que ...n conocedor de las personas, inteligente y ambicioso, ...la ocasión recorriendo el vasto imperio como soldado, ...ombres y cosas, ver los defectos de unos y las dificul- ...s.

...ncontrándose en la Galia (Francia), una bruja le ha- ... el Imperio a él, pobre soldado sin plata alguna y to- ...ocido, a condición que matara a un jabalí (aper). ...u, agitado constantemente por una intensa ambición, ...rrollado desde aquel día una nueva energía y se lanzó ...porvenir con el entusiasmo de aquél que por fin entrevé ...realización de un sueño largamente acariciado.

Mas los emperadores se sucedían unos a otros y él permanecía lo que siempre había sido: oscuro, desconocido, olvidado; cazaba, es verdad, jabalíes en las montañas boscosas de la Galia, para dar cuerpo a la profecía de la sacerdotisa druídica, la que le había vaticinado el Imperio. El mataba jabalíes, pero otros tomaban en sus manos rapaces y ávidas los destinos del Imperio. Diocleciano tuvo la virtud y la fuerza de esperar su hora. Preveía que Roma, hacia la cual sentía un afecto muy profundo, filial, habría, dentro de poco tiempo necesitado de un brazo de hierro para darle una nueva organización al interno y defenderla contra los "bárbaros" que ya



amenazaban las fronteras septentrionales y orientales del imperio. Y no dudaba que aquel brazo no podía ser otro que el suyo.

Entretanto había subido al poder Probo, gran general y productor de hombres. Probo "descubrió" a Diocleciano entre las sombras que lo rodeaban, y lo llamó a los más altos cargos militares. El provinciano dálmata fué así gobernador, cónsul, jefe de la guardia imperial y en el semillero de hombres, salidos de la escuela de Probo, supo crearse un partido, ganar autoridad y recoger sufragios. ¡La gran hora iba aproximándose!

Se cumple el vaticinio de la bruja

En el año 284 la campaña contra los persas, que tan tenazmente y sin descanso corrían el flanco derecho del imperio, había terminado con óptimos resultados. Pero el emperador Caro, alcanzado por un rayo, había muerto en Ctesifón, que, según las leyendas, constituía el término fatal, más allá del cual ningún príncipe romano podía llevar las armas. El ejército regresaba a través del Asia Menor y había llegado cerca de Nicomedia, no lejos de Bizancio, la futura Constantinopla. Numeriano, hijo de Caro, por estar enfermo de la vista, era llevado en literas. Aquél se había casado con la hija de Apro (Aper), prefecto del pretorio, una especie de vice-emperador. Apro creyó llegado el momento propicio: de la prefectura al Imperio, el paso era breve y podía intentarse. No era difícil para un suegro asesinar a un yerno; bastaba superar el obstáculo moral. Y Numeriano, ya proclamado emperador, cayó.

Transcurrían los días y en la litera imperial no se advertía ya movimiento alguno: los soldados marchaban silenciosos, acaso para no turbar el profundo reposo de su jefe. Apro seguía afirmando que la enfermedad era grave. Empero, la incipiente putrefacción del cadáver y el consiguiente hedor revelaron el misterio de aquel sueño demasiado intenso y largo; la litera fué abierta y el crimen quedó descubierto. Apro fué acusado y llevado ante los altos oficiales del ejército para que justificara su conducta. El partido de Diocleciano supo aprovechar este momento de incertidumbre y lo proclamó emperador.

Cuando aquel hombre meditabundo oyó las voces que lo aclamaban emperador, tuvo como un súbito despertar y, mirando al sol e invocándolo como testigo de su acto, desenvainó la espada y exclamó, clavándola en el pecho de Apro: "¡Este es el asesino de Numeriano!" Y, recayendo sobre el escaño, añadió en voz baja: "¡Por fin he matado al jabalí (aper) fatal!".

Así en una forma, que explicará muchos rasgos de la figura de Diocleciano, el oscuro soldado dálmata se había convertido en emperador romano.

La reorganización del Imperio

Derrotado Carino, hermano de Caro, a la confluencia del Margo y el Danubio (Servia), Diocleciano entró en Roma. La primavera del año 285 contemplaba un hecho verdaderamente nuevo en los anales del Imperio: un soberano que subía al trono con el admirable designio de imponer la paz por la clemencia. Mas al mismo tiempo era preciso repeler las huestes bárbaras que desde varios lados amenazaban franquear las fronteras sagradas de la Ecumene. Y el mundo vió por segunda vez, desde los tiempos de Julio César, a las águilas romanas volar desde las Galias al Eufrates, desde el Danubio a la Libia y Etiopía. Los planes, las instrucciones y las órdenes partían de Nicomedia, a donde Diocleciano había trasportado el cuartel general, por ser aquella ciudad el centro estratégico más cercano al flanco más débil del Imperio.

Aplastados los enemigos externos, Diocleciano emprendió la ...ción administrativa interna, lo que sirvió después como ... iglesia católica para asentar su dominación espiritual en ... Concluída la ... obra, el dálmata infatigable se vió ... rucciones. Por doquier en el inmenso ... ermas, arcos, acueductos, nuevas y ... del poder supremo no había sido ... anzar el ideal sublime de su alma la- ... en su poderío universal y eterno.

El palacio de Aspálato

Después de la restauración se sintió invadido por el deseo irresistible de un largo descanso en aquel villorrio de Aspálato, cerca de ... nativa Saloma, donde tantas veces había envidiado a los pobres pescadores su vida sencilla y sin gloria. Y mientras Salónica edificaba el soberbio arco triunfal para la exaltación de la majestad del imperio, la gloria de cuatro césares, las empresas del hijo de Júpiter y la servilidad de los vencidos; mientras en Roma se construían las termas grandiosas, que debían perpetuar el nombre del supremo señor y árbitro del mundo; mientras sobre las ruinas de Cartago se inauguraban otras termas y nuevos y largos caminos se abrían en el continente negro, no lejos de Saloma surgía, por el febril trabajo de ingenieros, artistas, obreros, esclavos y penados, el marmóreo edificio, que más que todos los otros monumentos recordaría a la posteridad la memoria del dálmata augusto.

El espíritu cansado, las fatigas físicas y morales sostenidas, las luchas incesantes ofrecían a la neurosis senil un terreno extraordinariamente fértil. Y todo en torno a Diocleciano era silencio y tristeza. De su unión matrimonial con Prisca, había tenido una hija, Valeria; para las dos mujeres, ya conquistadas a la fe cristiana, la enérgica confianza del emperador pagano en los destinos de Roma y la continua separación que él les imponía — ellas vivían en un palacio distinto en Nicomedia — debían aparecer como una locura. Privados de todo consuelo y recuerdo feliz, solo y prisionero de un férreo deber que Roma le había fatalmente impuesto, Diocleciano concretó su sueño de paz, decidido a gozarlo en el magnífico aislamiento que su palacio de Aspálato le ofrecía junto a la visión del Adriático.

¡La sangre hasta las rodillas!

En este momento en que el Imperio reorganizado parecía inconmovible, llega en Nicomedia al misántropo emperador la noticia de que Alejandría (Egipto), la turbulenta Alejandría, se había levantado en armas, proclamando un nuevo emperador en la persona de Domicio y atentando así a las unidades del Estado y a la obra ciclópea del gran dálmata. Una ira incontenible invade el alma sólitamente serena del señor del mundo y lo empuja a una punición terrible, sin piedad. ¡Estaba en juego la suprema salvación de Roma! Poco después Diocleciano llegaba con su ejército ante Alejandría, que le cerraba las puertas. El sitio se prolongó por varios meses, pero finalmente los rebeldes cedieron y esperaron el estallido del rayo. El emperador hizo su entrada a caballo y ordenó el degüello: la sangre debía inundar a la ciudad rebelde, y sólo cuando hubiera llegado hasta las rodillas de su caballo ordenaría la cesación de las matanzas.

Diocleciano avanzaba entre la bestial gritería de los soldados, borrachos de sangre y botín, y las desesperadas imploraciones y quejidos de la muchedumbre exterminada sin piedad; de improviso, su caballo resbaló y, cayendo, manchó de sangre sus rodillas. El emperador, que desde su lejana juventud se había siempre esforzado en escrutar la voluntad de los dioses, quedó impresionado por aquel pequeño accidente. Se arrugó la pensativa frente del caballero y en sus ojos brilló la intuición de una suprema orden divina, a la que había que inclinarse. El degüello cesó en seguida por expresa disposición del hijo de Júpiter. Alejandría entregó al verdugo a aquellos que la habían sublevado contra la majestad romana y saludó con júbilo la clemencia del soberano. Una columna conmemorativa expresó más tarde a la posteridad esa gratitud de esclavos y la magnanimidad de su dios.

Las persecuciones contra los cristianos

En el ejército, como doquier, el cristianismo había hecho en los últimos tiempos muchos adeptos hasta en los grados más altos. César Galerio en Salónica y yerno de Diocleciano, por haberse casado con Valeria, exageró ante el ya viejo monarca el peligro que representaba para la unidad militar esa infiltración "exótica". Diocleciano, cuya gran obra reorganizadora se basaba principalmente sobre la firme lealtad del ejército, aumentado por él de 300 mil a 500 mil hombres, quedó muy impresionado por el informe de Galerio e impartió la orden de averiguar escrupulosamente las creencias religiosas de los soldados y en primera línea de los oficiales y jefes. La orden era de proceder con mucha moderación y tacto. Al mismo tiempo el dálmata supersticioso quiso consultar a los dioses y la contestación, sacada de las entrañas de los animales sacrificados, fué que "la estabilidad del Imperio corría un grave peligro". El emperador, ante los cálidos ruegos de su hija Valeria, vaciló por algún tiempo en tomar medidas más enérgicas; pero al fin, apremiado por Galerio y el Consejo de Estado, ordenó una severa depuración militar. ¡La salvación del Imperio ante todo!

Galerio, que aspiraba a la sucesión, no estaba aún satisfecho y pedía medidas más eficientes. Diocleciano pensó interrogar esta vez al famoso oráculo de Apolo Didimeo. Esperó con intensa trepidación la respuesta del dios, y cuando supo que era desfavorable para los cristianos, inclinó su cansada frente ante la voluntad divina y firmó el edicto, que debía alcanzar también a su mujer y a su hija y, manejado por sus lugartenientes (césares), provoca una de las más espantosas persecuciones anticristianas, no obstante haber Diocleciano declarado en el acto de la firma que él no permitiría ningún derramamiento de sangre.

La abdicación

El 20 de noviembre del año 303, Roma vió por última vez a su gran soberano, el cual había querido celebrar con fastuosa pompa la renovada unidad y estabilidad del Imperio. Apareció a todos cansado, enfermo, casi quebrantado. El 1 de mayo del año 305, Diocleciano renunciaba en Nicomedia, con una sencilla ceremonia, a la corona imperial y, acompañado de una modesta escolta, se dirigía a su palacio de Aspálato en la nativa Dalmacia.

Las latinas siluetas del imperial palacio — el que, mirado desde el azur Adriático, sonreía con la glacia de los pórticos y atrios abiertos a las bellezas y fascinaciones de la naturaleza y que, visto desde tierra firme, aparecía triste y oscuro depositario de tormentosas angustias y tétricos terrores — iban perfilándose desde lejos al pequeño cortejo, que acompañaba en el voluntario destierro al imperial señor.

¿Qué ocurría en el imperio de Roma? Jamás, desde que sobre la Ciudad Eterna resplandecía el sol, había acaecido un hecho similar: espontáneamente, sin coacción alguna, su soberano, que desde más de veinte años reinaba seguro en su trono, renunciaba al poder supremo, tan codiciado por todos, viejos y jóvenes, y se retiraba tranquilo a la vida privada. Todo el mundo quedaba profundamente impresionado y asombrado. La verdad era que el anciano emperador se encontraba realmente cansado y enfermo, lo que, sin embargo, no le hubiera impedido tener por algunos años más las riendas del Estado. El quería más bien asegurarse, antes de morir, si la organización dada por él al Imperio podría funcionar aún sin él.

El derrumbe de la gra nobra

No habían transcurrido dos años y ya la constitución diocleciana parecía temblar desde sus cimientos. El principio selectivo era desnaturalizado por los apetitos dinásticos de los Césares. Constanzo moría y su hijo Constantino era proclamado emperador, mientras Masencio llamaba a Roma, a los pretorianos, el elemento perturbador, al que Diocleciano despojara de toda influencia política. Masimiano luchaba contra el hijo de Masencio y el hijo contra el padre. La confusión era general. Diocleciano abandona apresuradamente su tranquilo retiro y corre a Carmunto en la Panonia para poner de acuerdo a los varios rivales. Suplica, amenaza, pero en vano.

Era el derrumbe completo, aunque momentáneo, por cuanto el gran restaurador no podía prever que uno de los rivales, Constantino, iría, después de algunos años, a proseguir y consolidar la obra por aquél concebida y realizada. Diocleciano regresó a Aspálato con el corazón despedazado, decidido a abandonar el Imperio a su destino. Acaso no hay mayor tristeza que la de quien ve derrumbarse la obra, a la que dedicara los entusiasmos de la juventud, las energías de la madurez, el tino de la vejez, y que se encuentra en la absoluta imposibilidad de reiniciar la tarea. La angustia que entonces oprime al constructor que ha dado toda su vida a la realización de un ideal para él sublime, es horrible, atroz. Caen todas las ilusiones, desvanécense todos los ensueños y sólo queda como carcajada mefistofélica la certeza de que todo en el mundo es supremamente vano. El espíritu de Diocleciano ya estaba muerto, faltaba solamente la disolución material.



Para que se cumpliera la profecía, mataba jabalíes...

La última invocación: ¡la hija!

En la angustia insoportable de su ánimo quebrantado, ahora que veía cuán inútil había sido el sacrificio de todos los afectos a la grandeza de Roma y del Imperio, procuró encontrar en sus últimos días al menos el consuelo de la esposa y la hija. Particularmente invocó a esta última, Ifigenia, más verdadera y mayor, sacrificada por el padre al interés superior del Estado, viuda de Galerio, de quien había sido esposa, atormentada e infeliz. Se hizo humilde y suplicó que la dejaran venir, que no se la destinara a peores apetitos y nuevos sufrimientos y que no vagara desterrada por el mundo, más infortunada que las más humildes mujeres del imperio.

Nadie se conmovió, nadie respondió. Valeria hubiera tal vez podido consolar con su fe cristiana las postreras horas paternas y hacer vislumbrar al grande anciano vencido, una piadosa ilusión que velara de dulzura sus últimos instantes.

Se deja morir de inanición

La cruel fatalidad, que encierra a los hombres en las profundas tinieblas de su impenetrable misterio, privó a Diocleciano hasta de este último consuelo. Las sombras de su invencible angustia se acrecentaban cada día más y en los vacíos salones, ricos de mármoles y elegancias, de su palacio de Aspálato su cuerpo cansado, deshecho, vagaba cual un fantasma de ultratumba. El Adriático azul parecía llevarle en sus olas las ásperas amarguras de todos sus vanos sacrificios. Agitado, convulso, tremebundo, esperó en los momentos de calma que una vela trajese del mar una cara amiga o que el guardia de la torre gritase desde tierra un nombre benévolo. Nada. En su espíritu enteramente deprimido sintió entonces el frío de la extrema vejez, el peso de sus setenta años inútilmente vivides. Estremecióse ante la visión de días aún más sombríos y tuvo la serena conciencia de que los dioses, en quienes él había siempre confiado, han ofrecido al hombre los medios de procurarse la libertad, cuando más oscura lo atormenta la opresión del destino.

Con un estoicismo digno de su misticismo intelectual, con un alto sentido de su misión, que no debía terminar aún más miseramente, con fiereza de dálmata y romano, Diocleciano pensó dejarse morir lentamente de hambre. En un día en que sobre el airado mar de su patria el vendaval sacudía las olas y rugía contra el hosco palacio, la fatigada silueta del anciano se desmoronó para siempre: los últimos leales servidores encontraron el cuerpo del emperador sobre el piso del pórtico, adonde había llevado sus postreras desilusiones y congojas, con los ojos verdes abiertos acaso para una extrema y ansiosa interrogación al duro destino que lo había abatido, la boca imperiosa, contraída en un escarnio atroz, las manos crispadas en un trágico gesto de desafío y desesperación.

El soberbio mausoleo, que se había hecho construir en su mismo palacio frente al templo de Júpiter Optimo Máximo Capitolino, a quien consagrara, con fe de creyente y romano, toda su vida, acogió en ... sarcófago de pórfido el cuerpo del viejo fatal y por última vez la ...pura imperial lo cubrió a la vista del mundo.

El Brujo Postergado

E N Santiago había un deán que tenía codicia de aprender el arte de la magia. Oyó decir que don Illán de Toledo la sabía más que ninguno, y fué a Toledo a buscarlo.

El día que llegó enderezó a la casa de don Illán y lo encontró leyendo en una habitación apartada. Este lo recibió con bondad y le dijo que postergara el motivo de su visita hasta después de comer. Le señaló un alojamiento muy fresco y le dijo que lo alegraba mucho su venida. Después de comer, el deán le refirió la razón de aquella visita y le rogó que le enseñara la ciencia mágica. Don Illán le dijo que adivinaba que era deán, hombre de buena posición y buen porvenir, y que temía ser olvidado luego por él. El deán le prometió y aseguró que nunca olvidaría aquella merced, y que estaría siempre a sus órdenes. Ya arreglado el asunto, explicó don Illán que las artes mágicas no se podían aprender sino en sitio apartado, y tomándolo por la mano, lo llevó a una pieza contigua, en cuyo piso había una gran argolla de fierro. Antes le dijo a la sirvienta que tuviese perdices para la cena, pero que no las pusiera a asar hasta que la mandaran. Levantaron la argolla entre los dos y descendieron por una escalera de piedra muy bien labrada, hasta que al deán le pareció que habían bajado tanto que el lecho del Tajo estaba sobre ellos. Al pie de la escalera había una celda y luego una biblioteca y luego una especie de gabinete con instrumentos mágicos. Revisaron los libros y en eso estaban cuando entraron dos hombres, con una carta para el deán, escrita por el obispo, su tío, en la que le hacía saber que estaba muy enfermo y que si quería encontrarlo vivo, no demorase. Al deán le contrariaron mucho estas nuevas, lo uno por la dolencia de su tío, lo otro por tener que interrumpir los estudios. Optó por escribir una disculpa y la mandó al obispo. A los tres días llegaron unos hombres de luto con otras cartas para el deán, en las que se leía que el obispo había fallecido, que estaban eligiendo sucesor, y que esperaban por la gracia de Dios que lo elegirían a él. Decían también que no se molestara en venir, puesto que parecía mucho mejor que lo eligieran en su ausencia.

A los diez días vinieron dos escuderos muy bien vestidos, que se arrojaron a sus piés y besaron sus manos, y lo saludaron obispo. Cuando don Illán vió estas cosas, se dirigió con mucha alegría al nuevo prelado y le dijo que agradecía al Señor que tan buenas nuevas llegaran a su casa. Luego le pidió el decanazgo vacante para uno de





sus hijos. El obispo le hizo saber que había reservado el decanazgo para su propio hermano, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Santiago.

Fueron para Santiago los tres, donde los recibieron con honores. A los seis meses recibió el obispo, mandaderos del Papa que le ofrecía el arzobispado de Tolosa, ... en sus manos el nombra... de sucesor. Cuan... esto, le recordó la antigua promesa y le pidió ese título para su hijo. El arzobispo le hizo saber que había reservado el obispado para su propio tío, hermano de su padre, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Tolosa. Don Illán no tuvo más remedio que asentir.

Fueron para Tolosa los tres, donde los recibieron con honores y misas. A los dos años, recibió el arzobispo mandaderos del Papa que le ofrecía el capelo de Cardenal, dejando en sus manos el nombramiento de sucesor. Cuando don Illán supo esto, le recordó la antigua promesa y le pidió ese título para su hijo. El Cardenal le hizo saber que había reservado el arzobispado para su propio, tío, hermano de su madre, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Roma. Don Illán no tuvo más remedio que asentir. Fueron para Roma los tres, donde los recibieron con honores y misas y procesiones. A los cuatro años murió el Papa y nuestro Cardenal fué elegido para el papado por todos los demás. Cuando don Illán supo esto, besó los pies de Su Santidad, le recordó la antigua promesa y le pidió el cardenalato para su hijo. El Papa lo amenazó con la cárcel, diciéndole que bien sabía él que no era más que un brujo y que en Toledo había sido profesor de artes mágicas. El pobre D. Illán, desesperado, dijo que iba a volver a España y le pidió algo para comer durante el camino. El Papa no accedió. Entonces don Illán (cuyo rostro se había remozado de un modo extraño), dijo con una voz sin temblor:

—Pues tendré que comerme las perdices que para esta noche encargué.

La sirvienta se presentó y don Illán le dijo que las asara. A estas palabras, el Papa se halló en la celda subterránea en Toledo, solamente deán de Santiago, y tan avergonzado de su ingratitud que no atinaba a disculparse. Don Illán dijo que bastaba con esa prueba, le negó su parte de las perdices y lo acompañó hasta la calle, donde le deseó feliz viaje y lo despidió con gran cortesía.

(De ... "... de Patr...nio", ca... ... (Año de 1330).

EL INFELIZ ISAIAS ★ *cuento de Carlos Moog*

FUE durante un atardecer, en aquella época de mi vida en que, con los ojos recargados de sueño, los pies destrozados y ostentando una hirsuta barba de diez o quince días, me arrastraba cansadamente delante de las mugrientas galerías del Paseo Leandro N. Alem.

Las avanzadas de la noche habían llegado ya; una séptima campanada desprendíase de lo alto de la Torre de los Ingleses. De entre el conjunto de caras sucias y cabelleras desgreñadas que matizaban el panorama de miseria y sordidez que me circundaba, brotó el rostro pálido y demacrado de Isaías Wengrow.

Me identificó al instante. Para nada me sirvió el que yo fingiera una absoluta indiferencia, un bien simulado desconocimiento. El cortó la multitud rectamente y enfiló hacia mí sin hesitaciones. Tomóme del brazo y me detuvo en seco.

La emoción le cortaba el habla.

Permanecimos interminables segundos mirándonos cara a cara. Mis ojos recorrieron, como en otros tiempos, su cráneo semi-calvo, sus pómulos extrañamente salientes y su peculiar barbilla, alargada en demasía. Y, unida a los sones discordantes y repulsivos de la música, aquella su rara mirada que tanto me llamara la atención cuando, escondidos en los sucios vagones de carga, rodábamos de un punto a otro de los lejanos campos santafecinos, en busca de trabajo en la cosecha.

—¡Por fin lo encuentro a usted! — exclamó Isaías, con una sincera alegría que se estrelló visiblemente contra la frialdad defensiva con que me había revestido. — ¿Sabe que ya hace tiempo que lo vengo buscando, día y noche, bajo estas arcadas, dentro de la Plaza Británica y a todo lo largo del Puerto Nuevo?... ¿Dónde diablos se mete usted que es tan difícil hallarle...?

—¿Qué le importa? — iba a contestarle agriamente, sin miramientos, para sacármelo de encima.

Pero no sé que imprevista compasión, jamás experimentada por mí, me contuvo. Y guardé silencio durante el corto momento que ella duró. Este instante bastó para que Isaías me examinara de pies a cabeza con inquisidor interés. La contracción dolorosa que hizo temblar su larga mandíbula inferior, me reveló que mi desastroso aspecto le había impresionado fuertemente.

¡Era demasiado dado al sentimentalismo, este infeliz de Isaías!

Ya lo había notado bien yo, cuando nos rompíamos la cintura y nos ensangrentábamos las manos, juntando maíz, bajo un sol fulminante, allá en Alcorta. Sus mejores cuidados tendían a evitar que mis callos reventados y mis llagas tumefactas y sucias se infectaran, envenenándome la sangre. Y, siempre, me cedía una parte de la mezquina comida que nos daban en la chacra. A la noche, bajo los galpones que eran como hornos, él hallaba, invariablemente, el medio de conseguirme un lugar más amplio para reposar, no obstante el bestial hacinamiento que allí sufríamos.

Terminado mi imprevisto acceso de conmiseración, le contesté con gran acritud, entre la estridencia chillona y odiosa de la música que aturdía nuestros oídos:

—¿Que dónde me meto...? ¿Lo sé yo, acaso? ¿Dónde se meten los que no tienen trabajo, los que carecen de domicilio, los que sólo se alimentan por casualidad? ¿Y quién es usted, que me hace esa pregunta?

Casi se le empañaron los ojos al responderme:

—¡Cómo! ¿No me reconoce usted? Soy Isaías... ¿No se acuerda... hace dos años, allá en Alcorta... durante la cosecha...?

¡Claro que recordaba todo perfectamente, grandísimo llorón! Pero no tenía ningún interés en reanudar ahora un conocimiento que ningún provecho podía proporcionarme. Tan atorrantemente vestido, tan aspecto de miserable, tanta facha de pordiosero tenía Isaías como yo. Y esta clase de amistades, maldita la falta que me hacían. De tipos como nosotros rebosaba ya el paseo Alem. Y muchos de nuestros iguales se miraban hostilmente, o con máxima indiferencia, esquivándose entre sí. Unir derrota con derrota, pobreza con pobreza, hambre con hambre, ¿para qué? Decidí cortar por lo sano, de una vez.

—No lo reconozco — dije brusca y amenazadoramente. — ¡Retírese!

Pero el que se retiró fuí yo. Di un paso hacia atrás, huyendo de su singular mirada. Vacilé un poco y luego, con una media vuelta, proseguí mi desorientada marcha errante, contemplando los árboles del Retiro, ya casi en esqueleto. Un viento sutil y helado levantaba las raídas solapas de mi viejísimo saco. Comenzaba el invierno, nuestro más terrible enemigo.

Cruzaba la ancha calle, para internarme en la Plaza Británica y caer rendido sobre algún banco, cuando al darme vuelta para observar si venía algún vehículo, divisé una sombra furtiva que se deslizaba a unos cuatro o cinco pasos detrás mío. Esta sombra, a la misma distancia, siguió cautelosamente todos mis movimientos y cuando yo, ya tumbado bajo la oscuridad de un árbol frondoso, cerraba los ojos, ella se aproximó vacilante y se acomodó en el mismo banco, cerca de mí. Era el infeliz de Isaías.

Ocurría por aquel entonces que cada inútil recorrida de las calles de la ciudad que efectuaba yo, durante horas y horas, era sucedida por franjas de laxitud mental e inhibición física que me tendían vencido allí donde me encontraran.

En tal situación me hallaba, cuando mi encenado perseguidor me abordó. Lo hizo con una timidez tan suave e irreprochable, que tenebrosos sedimentos de desprecio, odio y antipatía bulleron desordenadamente en mi espíritu y tendieron sus agudas y filosas puntas hacia el infeliz Isaías. ¡Que intentara aproximarse más a mí, con su pegajosa y detestable cordialidad! Ya vería cómo las gasto yo con los sentimentales y compasivos.



Ilustraciones de GUEVARA



—¿Recuerda, usted, Carlos — articuló bajito, con insufrible acento de amistad y acercándose más a mí — recuerda la noche de la pelea, allá en la chacra de Don Humberto, en Alcorta?

¡Ah, miserable! Ya te veía venir. Tratas de recordarme un favor que crees que me has prestado. Quieres cobrártelo ahora, ¿eh? Pues caes en muy pésima época, infeliz. ¡Retribuir favores, que no fueron tales, en estos momentos, yo, el desocupado, el hambriento, el astroso, sin domicilio, ni abrigo, ni amistades, ni nada!

De no costarme tamaño esfuerzo el reírme, por el estado en que yacía, hubiera roto con estridentes carcajadas el frígido silencio que nos amortajaba; con desarticulada e inacabable risa hubiera agitado los cercanos árboles, haciendo caer de ellos una nueva lluvia de hojas secas y amarillentas.

Más no hice nada y guardé un menospreciativo silencio, que por un largo instante él no osó destruír.

¡La noche de la pelea en Alcorta! Vaya si tenía presente esas horas de intensa tensión nerviosa y de lucha tremenda en los galpones. Y como recordaba ahora nítidamente aquella indeseable época de mi vida.

Durante el día, un sol de fragua, de alto horno, no cesaba de lanzarnos ígneas oleadas de metal en fusión sobre la espalda y la nuca. ¡En la nuca, donde al llegar el mediodía el aumento del fanático calor semejaba el caer de gigantescas mazas de goma, que nos aturdían e imbecilizaban! Y la constante curvatura de los cuerpos hacia el suelo circundaba nuestras cinturas con un dolor agudo y tenaz, tan desesperante como inaliviable. En las vastas extensiones de campo sembrado, refractábase la luz solar, cansando horriblemente la vista, que se quebraba, desviábase y concluía por extraviarse dentro de inexplicables nubes rojizas. Luego surgía empañada, para caer a plomo en las manos tumefactas, coloreadas por estrías suciamente sangrientas, o en los pies, apenas cubiertos por destrozadas alpargatas, que desalojaban dedos engarfiados y negruzcos.

Y unido al dolor individual de los que, como bestias-máquinas, juntábamos maíz; envolviendo este sufrimiento físico atrofiador y terrible, un clima denso de recelos, envidias, odios, rivalidades y temores, gravitaba sobre nosotros, entremezclándose con la atmósfera agobiadora y centuplicando sus torturas.

La llegada del anochecer, después de estos días realmente trágicos, era el desastre de los instintos y las pasiones, aherrojados [illegible]rante doce o catorce horas interminables. No resultaba posible [illegible]servar sentimientos normales, ideas o pensa[illegible] humanos en [illegible]ranscurso de esa vida infernal. Por es[illegible] los únicos [illegible]es momentos de precaria libera[illegible] se diluían en su mejor parte en deslindar antipatías, en acumular motivos de rencilla, en desenrollar viejos enconos o en cambiar miradas relampagueantes de bronca, que emergían de ojos enrojecidos y de párpados cansados y titubeadores. Y las peleas cuerpo a cuerpo, cuchillo en mano, por bandos, o de varios contra uno, desencadenábanse con desasosegadora frecuencia, ocasionando la ida contínua de peones maltrechos y el aflujo constante de nuevos esclavos, que los vagones de carga arrojaban en las estaciones cercanas.

Fué así como, a la par mía, cayó en la chacra de Don Humberto el desgarbado y extraño Isaías. Habíamos hecho un largo y penoso viaje escondidos en un tren de carga, topándonos con frecuencia, pero sin que nunca yo intentara trabar relación con él, a pesar de sus visibles deseos. Mas ya trabajando juntos, fué otra cosa. Desde el primer instante me testimonió una cálida simpatía, una viva cordialidad, cosas ambas que me resultaron odiosas y despreciables en aquel medio rencoroso y desapacible. Cuando más fuertes eran los dolores físicos; cuando más cargado de tempestad se hallaba el ambiente moral; cuando mejor se presentía en el aire la batalla que daría alivio a nuestra ira y a nuestra desconformidad reconcentradas, mediante los golpes y las blasfemias y a través del placer de hacer blanco en rostros humanos y de hundir tórax y vientres vivientes, con los puños crispados de insofrenable rabia destructiva; cuando mayor odio sentía hacia él, eran los momentos en que más compasivo, más tolerante, más amistoso y paciente se mostraba el infeliz Isaías. Y esto contribuía a redoblar mi implacable antipatía hacia su ridícula persona.

Nos matábamos trabajando de estrella a estrella; comíamos mal; dormíamos peor; sufríamos tremendos dolores corporales, que no podíamos curarnos; estábamos en perpetua discordia; día a día había peleas memorables; las amenazas y las injurias entretejían espesa red en el aire, prestas a brillar amenazantes, escondíamos armas en nuestras ropas; nos mirábamos prepotentemente, listos para la acción. Y en medio de todo esto, que era lo único que podíamos concebir, y que correspondía realmente a todos nuestros estados, el insignificante Isaías trataba de curarme las manos y los pies; intentaba mejorar mi comida; buscaba cómo hacerme dormir mejor; pugnaba por desviar o anular los conflictos nacientes o renovados y quería hallar, para cada cosa, un repugnante paliativo, que nadie le pedía, procediendo consecuentemente, sin hacer caso de los insultos, de los amagos de palizas, de los empujones, desafíos, malos tratos y mortificaciones que yo, como todos, polarizaba sobre su insoportable persona. Sí; aquello era como para odiarlo a muerte, y así lo detestaba yo.

Hasta que aconteció la noche de la gran pelea en los galpones. Esto colmó la medida.

¿Cómo surgió, en verdad, el conflicto...? Apenas lo recuerdo. Tantas y tantas peleas hube de afrontar, por causas tan nimias, a veces inexistentes, que no me resulta factible determinar cuál fué la chispa que provocó esta explosión. Tal vez no haya existido causa particular alguna. Es lo más probable.

El caso fué que una noche tuvo lugar una batalla cuya amplitud sobrepujó a la de todas las peleas ocurridas hasta entonces bajo el zinc recalentado de los galpones que eran nuestros dormitorios. Estábamos por acostarnos. Vale decir que íbamos a tendernos en el duro suelo de tierra apisonada. Luego nos cubriríamos con alguna manta raída y grasienta y apretujados como animales que van al matadero, pugnaríamos por lograr el sueño. En un espacio en el que apenas cabían unos quince hombres, era menester que se acomodaran veinticuatro. El hacinamiento resultaba, en verdad bestial. Hacía un calor feroz, que sofocaba. Transpirábamos copiosamente. No era posible, de ningún modo, pegar los ojos. Como la cosecha estaba en su apogeo, el trabajo de esa jornada había sido brutalmente duro. Ardían los callos reventados de las manos, produciendo dolores indescriptibles. Los ojos eran llagas vivas. Padecíamos hambre, sed y mil confusos y torturantes deseos físicos más. Todos veíamos con repulsión y con cierto terror, que había llegado el momento de acostarnos. El pesado ambiente que flotaba en el galpón, saturándonos, enervaba nuestros sentidos.

El infeliz de Isaías dormía siempre al lado mío, soportando placenteramente los deliberados trastornos que le ocasionaba yo. Le despojaba de la manta sin escrúpulos; a empujones robábale parte del sitio que le correspondía para dormir, que él me cedía de buena gana, procurando ampliarlo más; lo despertaba, sin objeto, en lo mejor de un sueño logrado a costa de titánicos esfuerzos; le hacía abanicarme hasta cansarse, para conseguir algún soplo de aire tibio y, en fin, desahogaba en su mezquino cuerpo, con puñetazos y pellizcos, mi sorda e impotente rabia contra aquella vida aniquiladora y estéril.

Esa noche Isaías no se despegaba de mí. La rara mirada de sus ojuelos indefinibles buscaba con insistencia la mía. Yo no le prestaba la más mínima atención. Comprendía que algo deseaba decirme, pero fingiendo un humor atroz amedrentábalo. Esto me distraía levemente. El, angustiado, quería insistir. Varias veces estuvo a punto de dirigirme la palabra. Mis amenazadoras ojeadas le contuvieron, e incluso le asustaron algo. Así llegó el momento de acostarse. Entonces, con un arranque de valerosa audacia, Isaías me afrontó, profiriendo rápidamente en voz muy baja:

—¡Tenga cuidado, Carlos! Esta noche quieren "sobarlo". ¡Esté alerta!

—¡Imbécil! Infeliz! — le contesté con todas mis ganas, haciendo de estas palabras una espita por la cual volcar parte de la hostilidad y el malestar que me embargaban.

"Sobar", en el lenguaje de los galpones, imperfecto y arbitrario como nuestras mismas existencias, significaba la provocación de varios, previamente conjurados, a uno que les fuera antipático por el más insignificante motivo, o sin él, para dejarlo tundido de una paliza colectiva y obligarlo así a abandonar el trabajo. Distracción expeditiva e infalible, cuya innoble crueldad, por correr parejos con el estado de ánimo de los que allí trabajábamos, aparecía sensiblemente disminuida, casi imperceptible.

La advertencia de Isaías me revelaba que la víctima propiciatoria de aquella noche era yo. La nueva no me alteró, ni quebrantó mi ánimo. Sólo se produjo un aumento de desprecio y animadversión hacia aquel infeliz, por haber logrado hacerme un miserable favor, pese a todos mis esfuerzos por impedírselo. De esto me consolé a medias endilgándole mentalmente una serie de epítetos reconfortantes, tales como ¡traidor!, ¡carnero!, ¡alcahuete!, y prometiéndome tomar la revancha más adelante, en la primera oportunidad que se presentara.

Puesto así en guardia de lo que me esperaba, gocé de inolvidables momentos de ansiedad y hesitación, que perdurarán mientras sea. Hay que haber pasado por esos instantes de suprema tensión nerviosa, que lo sobrecogen a uno frente a los hechos decisivos, para avalorarlos en toda su rica gama de sensaciones, y poder afirmar que se ha vivido con intensidad algún momento de la propia vida. Minutos como aquellos que precedieron al acontecimiento, jamás los había gustado, y, preciso es confesarlo, la novedad de lo que experimentaba, fué todo un aporte para mis sentidos y un como sedante y aliciente ante los hechos que iban a forjarse allí.

Primero escuché muy leves ruidos en la obscuridad d[illegible] Mis manos se crisparon fuerte y automáticamente. [illegible] debieron abrirse y sangrar, pues experimenté agudos [illegible] cortes tajantes. Un tropel de maldiciones y juram[illegible] mi mente. Luego oí roces de ropas y rumores suav[illegible] avances, que eran como el transcurrir en torno mío [illegible] bicharracos. Con los ojos abiertos hasta donde lo pe[illegible]tación que los obligaba a lagrimear, verifiqué sondeo[illegible] las tinieblas. Tenía a mi disposición una calma inexor[illegible]zada por un siniestro anhelo de dispersar el semisilen[illegible] abrazaba, con repentinos gritos de coraje y entre gesti[illegible] rabia y demoledores golpes de ira y satisfacción.

Inesperadamente me arrancaron con violencia la m[illegible] cubría. Y el chasquido de un fósforo al encenderse t[illegible] oídos su desagradable chirriar. La aborrecida voz del i[illegible] explotó con un quejumbroso ¡cuidado, Carlos! que me [illegible] de cólera hacia ese infame. Escalofríos singulares p[illegible] mis nervios, mientras la luz de la lámpara a petróleo s[illegible] cegadora, por el galpón.

Allí estaban, frente a mí, los atacantes.

Ojos relucientes de antipatía. Cejas juntadas por [illegible] encono. Bocas contraídas de insano furor. Puños dolori[illegible] a buscar alivio en mi rostro y en mi estómago. Y, en c[illegible] grupo frenético, sombrío, desesperado, ante el cual me [illegible]nazante, con no menor desolación y furia, dispuesto a todo.

En esos segundos magníficos en que, como un pájaro a quien otorgan la libertad, iba a dejar surgir de lo íntimo de mi ser, en gratos borbollones, todo cuanto de vil, de cruel, de dañino y pestilente acumulara durante horas abominales de yugo y sufrimiento, el infeliz Isaías asumió la más canallesca de las actitudes que cabe imaginar.

Con abnegació[illegible] eso creería él que era aquello — inadmisible, saltó a mi lado, esgrimiendo una barra de hierro que tenía escondida bajo su remendada manta, lo que demostraba la premeditación de su dañina actitud. Y no sólo se colocó a un costado mío. ¡Se cuadró delante de mi persona, él, el infeliz, el idiota, como dispuesto a defenderme a todo trance! Nunca lo hubiera hecho. Este simple acto trocó la sorpresa desagradable que sufría al constatar su audacia, en desorbitada irritación. Hubo una coincidencia de sentimientos entre mis agresores y yo. La víctima fué reemplazada al instante. Y todos, como fieras salvajes, remotamente hambrientas, acosamos a Isaías. Aconteció una lucha grandiosa. El raquítico hombrecillo poseía una agilidad emocionante. Su trozo de hierro surcaba el aire en forma tan peligrosa que nos permitía apoderarnos de sensaciones de extrahumano placer, como jamás las paladeáramos. Muchos de los agresores abandonaron el combate rota la cabeza, hundidos los hombres, mancos o tomándose el estómago, presos de agudísimos dolores. Nuevos hombres los reemplazaron. Mas el infeliz Isaías recibió lo suyo. Descargóse sobre su cuerpo una paliza tal, que no creo exista ser humano que haya soportado nada similar. Y sobre esto, muchos apaleadores, enardecidos, lo llevaron en vilo hasta la estación, distante unas tres leguas, aguardaron el tren nocturno y de carga y lo arrojaron dentro de uno de los vagones, desvanecido, maltrecho y cubierto de sangre propia y ajena.

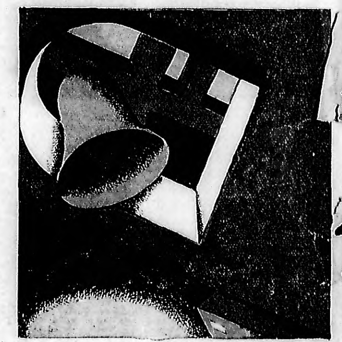
Jamás tornó a verse por aquellos lugares al infeliz de Isaías.

Pero omito recordar lo más indignante de esta última parte del asunto. A pesar de mi furia desatada contra aquel entrometido, no obstante haber caído como una tromba desvastadora sobre su cuerpo aborrecible, para desahogar en él, con todas mis energías lo que iba destinado a los seis frustrados agresores juntos, en ningún momento quiso tocarme el infeliz Isaías. Apartó la barra de mi persona con visible cuidado, en toda oportunidad. Soportó, sin responderlos, mis más feroces golpes. Y su extraña mirada tropezó con la mía innumerables veces, sin que pudiera advertir en ella el más pequeño rencor o furor hacia mí. Eso era lo que más me sublevaba, redoblando mis ímpetus.

Cuando el infeliz Isaías dejó de trabajar entre nosotros, mi existencia perdió contradicciones intolerables que constituían su más terrible mortificación.

Pero ahora teníalo otra vez a mi lado. Su respiración fuerte y anhelosa, su mirada extravagante, que sabía clavada en mí, su conmiserativo interés, que me alcanzaba como algo repulsivo, eran otros tantos motivos de rencor que, destruyendo la languidez en que estaba hundido, me retornaban al mismo estado de ánimo que sufriera en Alcorta.

—Dispongo de unos pesos — musitó de improviso el infeliz Isaías, con suavidad irritadora, en un tono tan amistoso y cordial, que fué como una bofetada para mí. — Podríamos ir a tomar algo caliente y luego alquilaremos camas en un hotel que conozco muy bien. Tenemos para tirar así varios días. ¿Qué le parece...?



¿Qué fué lo que me aconteció? Sólo recuerdo que la infinita rabia que saturaba hasta las más recónditas cavidades de mi ser, subió, rebosante, a la superficie y cayó, como furioso chaparrón, sobre Isaías.

—¡Maldito seas, mil veces, canalla! — le escupí con desprecio y cólera incontenibles y aplastantes. — ¿Vienes a perseguirme, una vez más, con tu infamante compasión? ¿Quieres amortiguar el odio y la ira, que son las fuerzas que aún mantienen vivo mi espíritu y despierto mi anhelo de existir, con esos mezquinos remedios que apenas podrán aliviar mis sufrimientos y mis males? ¡Compasión! Bondad! ¿Quieres castrar mi alma, entregándola a la abyección del conformismo y la pasividad? Ese ha sido siempre tu odioso papel, miserable. En Alcorta como acá, donde quiera que he tenido la desgracia de topar contigo, has tratado constantemente de desviar o anular en mí las únicas potencias que me permiten soportar la vida que llevo, los sufrimientos físicos y morales, inaliviables, que me lanzan con supremas rebeliones contra cuanto me rodea; la cólera inextinguible hacia todo aquello que me aplasta y tiende a transformarme, de ser humano que soy, en bestia, en bruto; el encono intenso contra eso que hace que mi existencia sea así, sin esperanzas, ni horizontes; el deseo incontenible de luchar en alguna forma contra algo, forjando de este modo una válvula de escape a tanto odio, desesperación y dolor comprimidos días tras día en mi espíritu. ¡Compasión! ¡Bondad! ¿No comprendes, infeliz, que no es eso lo que debes ofrecer a un hombre que está en mi situación? Aliento para el combate, impulso para la gran batalla, ¡eso es lo que necesito, y no alivios depresores, limosnas subyugantes! ¿O es que quieres hundirme para siempre en lo más cenagoso y vil que tiene este mundo en el cual me debato? ¿Quieres hacer de mí, que soy un desocupado que pelea a brazo partido con la miseria, el hambre y la desesperación, que soy un hombre no vencido, que aún puede surgir y protestar, destruír y reconstruír, una piltrafa humana, impotente y fracasada, que se arrastra sostenida por la bondad y la compasión de eunucos como tú? ¿Quieres inutilizarme con la gratitud, el reconocimiento y todas esas ataduras que siempre me has ofrecido? Te equivocas, infeliz. Rehuso con desprecio y con rabia tu bondad y tu compasión, gratuitas y apaciguadoras, porque quiero conquistar con mis propios puños, con mi propio esfuerzo, el derecho al trabajo, al pan y a la libertad, que legítimamente me corresponde. Ya estás enterado, pues, miserable. Sal de aq[illegible] diatamente y que no te vuelva a encont[illegible]ar jamás en mi [illegible]

Esto grité con vehemencia febril, [illegible] amenazadores, mientras su ardor rec[illegible] píritu. El infeliz Isaías había quedad[illegible] Comprendí que no podría levantar[illegible] rato. Entonces me alejé, inundado d[illegible] puños cerrados y el ánimo dispuesto [illegible] mundo, para levantarlo en seguida s[illegible]

La Sala de Disecciones

IBAMOS en busca de cadáveres, que por entonces se cotizaban a altos precios, debido a los manejos de los sirvientes, que habían inventado comercialmente la muerte.

Hacía una hora que en el gran hall del hospital esperábamos la decisión del director y ya la desesperanza ponía su máscara de hastío en las caras. Eramos ocho, y debíamos trabajar en parejas. Nos observábamos con desconfianza casi agresiva; todos deseábamos vivamente ser únicos y a todos nos mortificaba la falta de libertad en el trabajo. Puede decirse que nos considerábamos rivales, pues en la inminencia del examen se persigue a los muertos con tanto ardor como, en todo el año, a las muchachas bonitas. Además abundan los petulantes inaguantables.

Teníamos noticia de que dispondríamos de un cadáver, pero existía una dificultad: aún no había expirado el plazo que se concede a los deudos para reclamar sus muertos.

Que aquel hombre, en vida, hubiera estado desligado de todo vínculo de afecto humano, que no tuviera padres, hermanos o amigos — eso nos convenía. Los hombres son apegados a la integridad de las carroñas y los horroriza la mutilación de los seres que han amado. El anatomista más avezado se crisparía si viera a su madre sobre el mármol y bajo el filo de los cuchillos.

Por fin un sirviente, con una orden en la mano, llegóse hasta nosotros:

—Pueden pasar, señores.

Nos apresuramos a recoger las valijas, abandonadas en el suelo. Marchamos locuaces y alegres. Evidentemente, la orfandad de aquel desgraciado nos venía como de perlas.

Ante la puerta cerrada de la sala de autopsias nos detuvimos inseguros. Golpeamos, empujamos; no cedía. Uno, haciendo portavoz con la mano, gritó:

—¡Manuel!

En la azotea, después de un buen rato, apareció Manuel. Era un español menudo, de gesto arisco como si nos culpara de su condición de guardián de cadáveres, de quienes parecía habérsele pegado la suciedad y la mudez.

Bajó y nos abrió la puerta en silencio. Tenía siempre el aspecto de un hombre contrariado y violentado en su natural. Tal vez era un buen hombre. La muchachada entró bulliciosa. La sala, grande, no era sucia y por fortuna escaseaban las moscas. En la mesa más próxima estaba tendido el cuerpo desnudo de un hombre; sobre su flacura casi inverosímil caían las miradas glotonas que decían claramente: "un cadáver fresco. Esto no es cosa de todos los días".

Mientras unos se vestían en carácter, otros [illegible] curiose[illegible]ban todo. Las paredes, de un amarillo desteñido, conservaban alusiones más o menos ingeniosas a los profesores de ope[illegible]oria. Las leían en voz alta, comentándolas risueñamente. Un [illegible], el más dicharachero del grupo, se asomó a otra sala, espe[illegible]ie de dependencia donde descansaban, en salientes de mármol y a la altura de un lecho, varios cuerpos arrebujados en [illegible] blan[illegible]as. Les gritó:

—¡Eh! ¡Buenos días!... ¡Arriba!

Permaneció un [illegible] con el aire del madrugador que sorprende a los humil[illegible] grant[illegible] y [illegible]

Algunos, los más entusiastas, ya estaban vestidos. Dos de ellos, luciendo un equipo completo, con sus cabezas cubiertas con gorros blancos, soportaban de mal grado las bromas inocentes de un compañero que, con esa falta de conocimiento de las debilidades humanas propia de los jóvenes, se estaba fabricando dos odios al mortificar la mayor de las vanidades.

En tanto, el estudiante gordo seguía metiendo la nariz en todos lados. Experimentaba, sin duda, la tiranía de las expresiones porque, de mortaja en mortaja, iba deshaciendo los nudos y mirando los rostros rígidos. Como si aquel conocimiento póstumo lo despertase interés por el muerto se apresuraba a leer en el boleto atado al dedo gordo y descolorido, el diagnóstico, la edad y hasta el nombre.

En el fondo, en el último término, reposaba sobre el mármol el cadáver de una mujer. Estaba descubierta y era muy bella aún. Su rostro, regular, sólo chocaba por su boca entreabierta y sus labios como ceñidos a los dientes, lo que sugería ideas de ansiedad. Su torso estaba bien modelado, los brazos llenos, las uñas pulidas, el seno apenas ligeramente marchito; solamente los muslos estaban algo descarnados. El estudiante quedóse largo rato contemplándola. Luego, cuando creía que nadie lo observaba, estiró su brazo y el índice tocó un seno del cadáver como si quisiese asegurarse de su solidez. Después se apartó bruscamente.

Se trabajaba y se bromeaba. Estando junto a la muerte, nadie pensaba en ella. ¡Era todo tan natural! ¡Estaba todo tan a tono...! La sencillez de las mortajas, la castidad de la desnudez... Y la suerte de aquellos pobres, nos parecía tan lejos de la nuestra... De pronto, Manuel entró con mucha prisa, cerrando tras sí la puerta de un golpe. Colocó un cajón sobre una mesa, se acercó al cadáver de un hombre joven, lo despojó de la sábana blanca que lo envolvía y comenzó a vestirlo. Le calzó unas medias violetas, casi finas, un pantalón de lienzo y una chaqueta azul, de obrero, muy limpia. Todos interrumpimos nuestro trabajo para mirarlo hacer. Ya nadie bromeaba; en la estancia había algo nuevo, indefinible, desagradable. ¿Qué oscuro proceso psíquico había ahuyentado nuestro buen humor? ¿Qué nos vinculaba a ese hombre a quien un momento antes considerábamos con indiferencia? ¿Su atavío? ¿Tal vez el contraste entre lo fatal de su inmovilidad y aquellas prendas de la vida diaria, índice de acción?

Era, sin duda, algo que lo acercaba a nosotros mismos y que daba un alerta a nuestro instinto.

Para depositarlo en el ataúd, Manuel le pasó el brazo tras de la espalda y lo atrajo hacia su pecho con un movimiento que parecía fraternal. Después, en una mesa corrediza lo arrastró hasta la pieza vecina. Entonces, de la antesala, nos llegó un sollozo de mujer; uno de esos llantos convulsivos que sólo se oyen cerca de los muertos.

Los muchachos no habían vuelto a empuñar sus instrumentos. Estaban serios y pálidos. A tra[illegible] del muro (la sala daba a la calle) oímos el ruido de la acti[illegible] callejera que se iba intensifi[illegible] de [illegible]ros que e[illegible]ulaban el vigor de los caballos, repiqueteo de cascos en la piedra y el rodar pesado de un carro. Sentíamos desgano por el trabajo y deseos vehementes de salir a la calle, de respirar aire puro, [illegible]er mujeres...

Juli[illegible] Dabo[illegible]